

Cuéntanos

Cuéntanos

IX Concurso de Cuentos Interculturales

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

PRÓLOGO

MODALIDAD ESCOLAR PRIMARIA

Primer Premio

Desierto.

EL CONCURSO Y LA CONFIANZA

Nora Ramdane-Bey Lopez 11 años.

Segundo Premio.

C.E.I.P. La hispanidad de Garrucha, Almería.

PEPITO Y EL TESORO PERDIDO

Judith Fernández Aliaga 10 años.

Accésit.

C.E.I.P. Ángel frigola La Mojonera Almería.

RELATO DE REGALIZ (HISTORIA DE GATOS)

Lea Elena Návez 12 años.

Accésit.

C.E.I.P Atalaya Nijar Almería.

CANDI LA PRINCESA

Beatriz López Bravo 11 años.

Accésit.

C.E.I.P Celia Viñas Berja Almería.

MODALIDAD ESCOLAR SECUNDARIA

HACER OLVIDAR AL HOMBRE

Irene Esteban Sánchez 16 años.

Primer Premio.

C.E. Ágave Huércal de Almería.

COLECCIÓN LETRAS

Serie Narrativa. nº 95

Cuéntanos tu confianza

IX Concurso de Cuentos Interculturales

© Textos: Los autores

© Edición: Diputación de Almería

www.dipalme.org

Instituto de Estudios Almerienses

www.iealmerienses.es

Promueve: Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia
Diputación de Almería

Coordina: Isabel Garzón Garzón

Diseño y Maquetación: M^a Isabel Muñoz Cano

Dep. Legal: AL 1195-2015

Primera edición: octubre 2015

Impresión: Imprenta Provincial

Impreso en España

CÁRCEL DE ARENA

Alma Robles Pérez 17 años.

Segundo Premio.

C.E. Ágave Huércal de Almería, Almería.

EN OTRA DIRECCIÓN

Andrea Morales Muñoz 15 años.

Accésit.

C.E. Ágave Huércal de Almería.

EL RETO DE MI VIDA

María del valle de la obra López 12 años.

Accésit.

I.E.S. Emilio Manzano, Laujar de Andarax Almería.

MI MUNDO DE COLORES

Elena Juarez García 15 años.

Accésit.

C.E. Ágave Huerca de Almería, Almería.

MODALIDAD GENERAL

SERENA Y SOSEGADA CONFIANZA

José Luis Bragado García.

Primer Premio.

Valladolid.

.

Segundo Premio.

Almería.

EL GRAN ÁRBOL Y EL CAMINO A LAS ESTRELLAS

Moisés Salvador Palmero Aranda.

Accésit.

El Ejido Almería.

ALCANZAR UNA ESTRELLA

Lidia Dolores Prado Ruíz.

Accésit.

Almería.

LA CABALGATA

Juan Carlos Fernández Salinas.

Accesit.

Gijón.

PRESENTACIÓN

Es para mí un honor y un motivo de gran satisfacción compartir un año más con ustedes este libro ***Cuéntanos tu compromiso*** que acoge los cuentos finalistas del concurso realizado en 2014. En ellos se transmiten los mensajes que permiten la reflexión y la convivencia. Es mi deseo que disfruten con su lectura.

Es intención de la Diputación de Almería mantener y fomentar esta iniciativa que se viene realizando en el ámbito provincial y continuará creciendo mientras crece la convivencia que todos deseamos, convocando anualmente a la ciudadanía de todas las edades, orígenes y condiciones a su participación.

Es en el Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia desde donde se desarrolla proyectos en el marco de la sensibilización para favorecer la interculturalidad y el enriquecimiento personal y social desde la perspectiva de la pluralidad.

Aprender a vivir juntos es, sin duda alguna, uno de los retos fundamentales de la sociedad del siglo XXI. La primera condición para que pueda darse este aprendizaje es el contacto físico, compartir tiempos y espacios. Pero ese contacto físico no es condición suficiente, sino que también es necesario el conocimiento y el reconocimiento, la relación, y el diálogo, la colaboración, los vínculos personales, la creación y progreso de los valores, para hacer cosas juntos.

Es nuestra prioridad, en este proyecto, los centros educativos, como una de las instituciones donde la diversidad cultural plantea mayores desafíos y, por ello, mayores posibilidades de encuentro y diálogo intercultural. También es el marco más neutro donde desarrollar la incipiente ciudadanía, desde los valores en los que aprendan a participar e interactuar en actividades comunitarias insertas en el centro en el barrio, la ciudad o del pueblo.

Estos cuentos nos permiten participar de forma activa en los grupos de referencia y contribuir a mejorar actitudes, valores y estrategias para el aprendizaje de la convivencia. Aprender a ser demócrata es ante todo aprender a poner en práctica los valores y las reglas de la democracia con espíritu crítico, con racionalidad y con responsabilidad.

Nos sentimos satisfechos de poner a disposición de ustedes, este libro que, estamos seguros, va a despertar la creatividad y el compromiso por seguir construyendo y avanzando hacia una sociedad en la que la interculturalidad va cediendo el paso a una ciudadanía transnacional, transcultural. Probablemente nos acerquemos cada vez más a un modelo en el que la comunicación se haga más presente, el intercambio de informaciones, constante. Tenemos entre todos el reto de construir una sociedad desprovista de prejuicios, de estereotipos y de ideas preconcebidas

Quiero aprovechar esta ocasión para agradecer a todas y a todos los que con vuestra generosidad hacéis posible esta oportunidad de encuentro y reflexión y construir y mantener un nuevo espacio de convivencia, desde los valores, porque no solo es labor de la Diputación como administración pública, sino de todos los almerienses.

Presidente de la Diputación de Almería
Gabriel Amat Ayllón

PRÓLOGO PARA UN ENCUENTRO ESPERADO *CONFIANZA ENTRE IGUALES*

Miguel Ángel Blanco Martín
Periodista y escritor

Tú y yo nos conocemos desde siempre, aunque nunca nos hemos visto. No sé tu nombre ni tú el mío. Pero yo sé que tus sonrisas son como las mías, tus formas de reír, de llorar, de guardar silencio, de sentir. Y que el paso del tiempo nos conduce irremisiblemente a nuestro encuentro.

He llegado a imaginar el color de tu tierra, de los ríos que la atraviesan, las montañas que elevan el paisaje hasta el cielo. Imagino que habrá desiertos, nieve, que hace frío en invierno, que en verano hace calor y que por las noches se puede contemplar las estrellas, imaginando cómo serán los seres que las habitan. Como vosotros, en el otro lado del mundo. Y sin embargo, tan cercanos.

No sé exactamente por qué casi siempre imaginamos que los extraños, como los extraterrestres, son enemigos, monstruos de los planetas más lejanos. A los extraterrestres siempre los han pintado como enemigos que vienen a destruirnos. La invasión de los marcianos, con la llegada de los platillos volantes, provocando guerras, destrucción y muertes.

Pero también llegaron otros extraterrestres distintos, con los que nos hemos hecho amigos en nuestra fantasía. Y me pregunto por qué no puede ser siempre así con todos los mundos. ¿Será cuestión de confianza en nosotros mismos? Pienso que es fundamental que decidamos que nadie es superior al extraño y que tú y yo somos iguales. Y además, ahora la cercanía es verdadera. No tenemos que viajar por el espacio para ir yo a tu tierra o venir tú a la mía.

Tú y yo, en realidad, nos conocemos desde siempre. Nos hemos reconocido el uno en el otro, a pesar de los distintos rasgos, miradas, color de la piel o formas del pelo o de la vestimenta. En un principio, nadie me había hablado de tu existencia, que yo tuve que adivinar poco a poco.

Me han hablado de vuestros juegos, muy similares a los nuestros. No tenemos distintas formas de llorar. Lloramos en realidad por los mismos motivos, la soledad, la violencia, el dolor, la tristeza, la ausencia. Y nos peleamos por las mismas causas, entre juegos e historias increíbles. Como sucede en estos relatos, de todas las edades, desde nuestro paisaje. Seguro que son iguales a las historias que os contáis vosotros en vuestros juegos y momentos, tanto en la escuela como al aire libre.

También sé que está el recuerdo, cuando hace mucho tiempo nosotros viajamos a vuestras tierras, os invadimos y os colonizamos. Fuimos vuestros marcianos, vuestros extraterrestres. Os hicimos mucho daño, nos hicimos los dueños de vuestras tierras y cuando nos dábais la bienvenida, con gestos de hospitalidad, nosotros respondimos con violencia, dominio y poder dictatorial. Y con todo el derecho respondisteis con vuestra rebeldía. Se perdió la confianza que tenemos que recuperar. Ahora estoy obligado a pedirte perdón antes de ir a tu encuentro, con toda confianza, como iguales. Entre tú y yo, la verdad es que no hay ninguna diferencia. Creo que lo mejor será que nos veamos de nuevo, de otra manera, para jugar y correr juntos por el camino de nuestro tiempo.

Por eso ha sido muy oportuna esta novena convocatoria de cuentos sobre interculturalidad, del Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia de la Diputación de Almería, para encontrarnos a través de las palabras de estos relatos, pequeñas historias imaginadas. Nada mejor que el sentir literario que desvela el secreto de las palabras para que nuestras miradas sean de verdad sinceras y limpias. De igual a igual.

Gracias por todo lo que tú me has dado y que yo todavía no te he agradecido. Y por eso estamos hoy aquí, tú y yo, preparados en el presente para un futuro compartido.

En Cabo de Gata, 1 de septiembre, 2015.

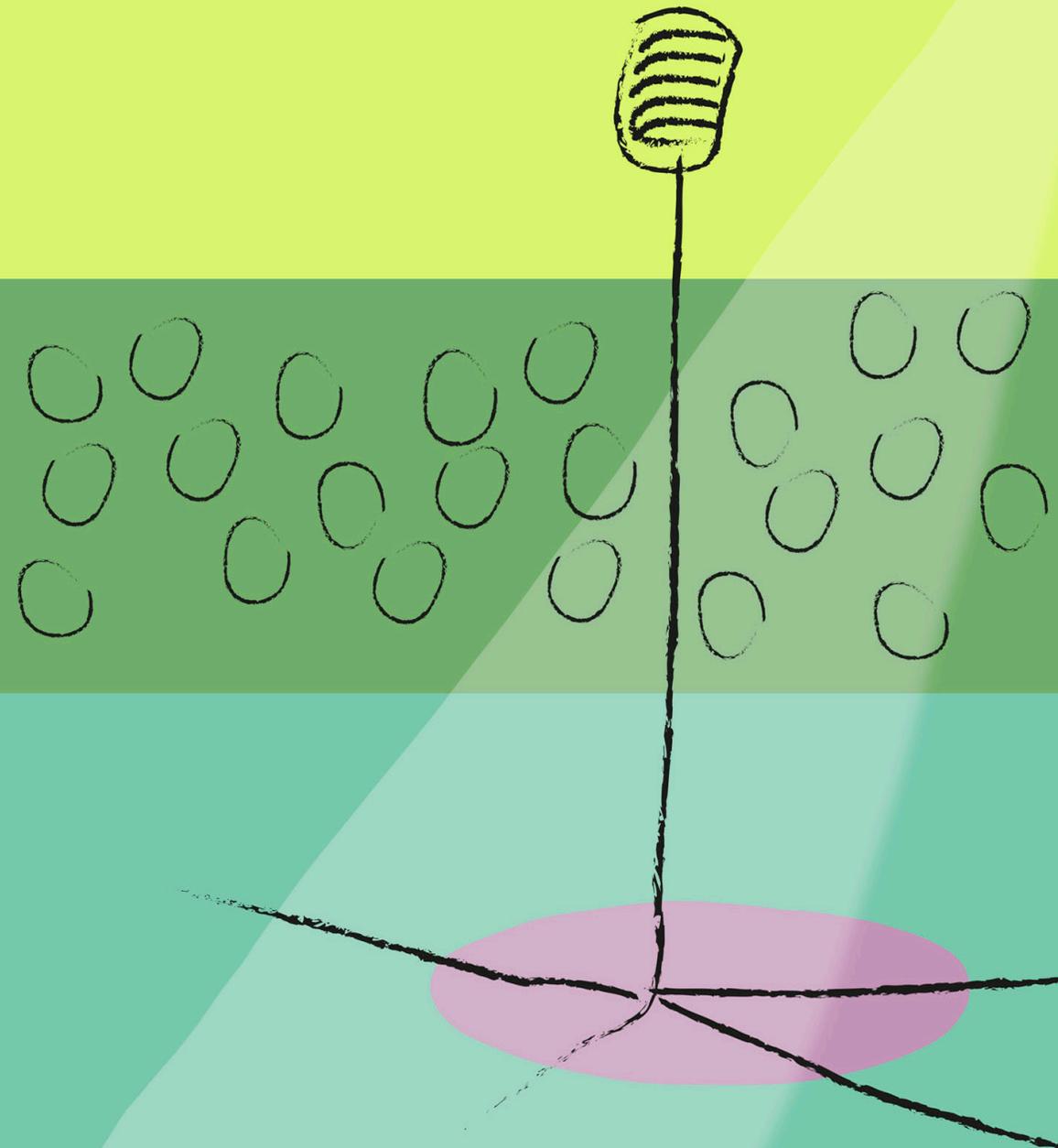
(Es verano y hoy sopla el viento de Poniente)



MODALIDAD ESCOLAR DE PRIMARIA

El concurso y la confianza

Nora Ramdane-Bey López



Había una vez una niña que se llamaba Clara. Clara era bastante linda, muy tímida y con un don especial: Cantar. La chica cantaba con todo su corazón, por lo que sus canciones tenían mucho sentimiento, lo que las hacía únicas. Un día, Clara se enteró de que había un concurso de talentos y ella quería participar cantando, pero... ¿y si todos se reían de ella luego? Decidió que lo mejor que podía hacer era consultárselo a sus amigas:

-Chicas, ¿sabéis que hay un concurso de talentos?

-Sí, yo me he enterado. -dijo Miranda, su mejor amiga- Parece interesante.

-A mi me gustaría participar.-dijo otra muchacha-Sería una buena experiencia.

-Bueno, pues como iba diciendo antes de que me interrumpierais, quiero participar cantando una canción, pero me da mucha vergüenza.-dijo Clara-¿Qué opináis vosotras.?

-A mi me parece que debes intentarlo, cantas genial, no debes de temer que se rían de ti. Si alguien se ríe, va a ser porque tiene celos.

-Eso, debes participar, lo pasarás genial preparando y grabando la canción. Además, seguro que ganas.

¿Cuáles son los premios?

-Espera que piense...Creo que el primer premio eran ochocientos euros, el segundo cuatrocientos euros y el tercero cien euros para gastártelo en material de colegio: libros, libretas, pinturas, lápices, gomas...

-Yo participaría - exclamó Miranda- tienes un verdadero don para cantar y en este concurso lo puedes demostrar.

-¡Clara, a cenar!-intervino la madre de ésta.

-Bueno, chicas, me voy. Mañana nos vemos.

Así, se fue Clara a su casa, muy pensativa y reflexionando. No estaba muy segura, a pesar de los ánimos que le estaban dando todas y cada una de sus amigas. Miranda era la que más le apoyaba, pero aun así, dudaba de su amiga. Ese día Clara se fue pronto a la cama, para poder pensar tranquila.

Al día siguiente, seguía teniendo dudas sobre si participar o no en el concurso, pero su mejor amiga le dio confianza con estas palabras:

-He tenido una idea genial, Clara. ¿En el concurso se puede participar en grupo?

-Si, ¿por qué lo preguntas?

-Porque las demás chicas y yo vamos a bailar mientras tú cantas.

-¿De verdad?- gritó Clara, emocionada por el gesto de generosidad de sus amigas- ¡Eso sería increíble!

-Entonces... ¿aceptas? Hemos pensado que, a lo mejor, no querías, que preferirías no compartir el premio con otras personas.

-¡Pues claro que acepto! ¿Cómo podéis pensar que no quiero compartir el premio con mis amigas? ¡Si me habéis ayudado todas a superar mi vergüenza!

Así, empezaron a preparar el baile y la canción con esmero, colaborando juntas y dándose la confianza necesaria para que llegaran a creer que podían conseguirlo. Y, si por alguna razón no lo conseguían, les daría igual, pues lo habían pasado muy bien preparándolo todo.

Además, las chicas habían aprendido a trabajar en equipo, a colaborar y sobre todo, que la amistad que las unía era a prueba de bombas.

Todos los hombres y las mujeres, tanto pequeños como grandes, sonreían cada vez que veían bailar y cantar con tanto arte e insistencia a esas jóvenes chicas, que aún tenían mucho que aprender.

Un día, un señor ya entrado en años que paseaba por el parque, se paró a ver, maravillado, a las chicas, que ese día habían decidido entrenar en el parque, para cambiar de aires.

El hombre se paró a verlas porque era el dueño de una academia de baile y canto y pensó que no sería mala idea que las muchachas entrasen en ella.

Cuando las chicas acabaron, el hombre exclamó aplaudiendo:

-Magnífico, insuperable, inigualable. Ustedes son unas genios.

Las chicas se miraron, sorprendidas y decidió contestar Clara:

-Gracias, señor.

-Permita que me presente, señorita: mi nombre es Pablo Fernández y dirijo una escuela de baile. Me encantaría que ustedes entrasen en ella.

-¡Nos gustaría muchísimo, señor! Pero... ¿no supondrá demasiado dinero para nuestras familias? Ya sabe que estamos en tiempos de crisis.

-Por ser ustedes, y ya que lo he propuesto yo, os saldrá gratis.

-¡Si!-gritaron todas las chicas a una-¡Vamos a entrar en una escuela de baile!

-Eso si vuestros padres os dejan- les recordó el anciano, sonriendo ante el entusiasmo de las chicas.

-Claro que nos dejarán- intervino María, una amiga de Clara.

-Si me permiten ser curioso, les preguntaré por qué están ensayando.-interrogó el viejo.

-¡Oh, es que vamos a participar en un concurso de talentos! - Clara dijo señalando a ésta- cantará, y las demás bailaremos.

-Si es así, os seguiréis entrenando en mi academia.

A partir de ese día, las chicas acudían encantadas a la academia, y ensayaban entre gritos y risas de entusiasmo. Pero esa no sería la única sorpresa que les depararía en esos días.

En la academia conocieron a una chica muy simpática llamada Carmen. A Carmen le encantó la idea del concurso y les confesó que le gustaría participar.

-Puedes participar con nosotras, si quieres, claro.

-¿Qué si quiero, dices? ¡Me encantaría!

-Pues ya somos una más. Todas juntas seguro que lo conseguimos.

-Ya...- exclamó Bárbara, una chica de la academia, que era muy anti-pática.

-Tú, mejor, cállate.

-¡Huy, chica! No te pongas así.

-Vámonos.

Las chicas dejaron atrás a la antipática joven y, sin darse cuenta de la mirada de ésta, siguieron hablando de sus planes para el concurso, animadas ante la perspectiva de ser una más en el grupo.

Y es que Bárbara tenía un plan maligno... Había pensado en arruinárselo todo a ellas, produciendo una torcedura de tobillo a Clara, la estrella. Pero se le pasó un detalle por alto, y era que Clara cantaba, y bien podía hacerlo sentada. Bárbara tampoco sabía que eso haría más fuerte el grupo y la actuación.

Por lo que al día siguiente cuando ensayaban, Bárbara hizo como si tropezara, cayendo encima del tobillo de la pobre chica, haciéndolo añicos. Clara miró su tobillo, con la cara pálida por el dolor y luego miró a sus amigas, que venían corriendo hacia ella, pero eso fue lo último que vio, pues después se desmayó.

Cuando se despertó en la camilla, vio a sus amigas que enseguida, al verla despierta empezaron a explicarle lo del tobillo, que lo tenía torcido. Clara asintió preocupada antes de preguntar, con un hilo de voz:

-Pero... podré participar en el concurso, ¿no?

-Claro, y hemos tenido una gran idea, como ahora vas a tener que estar sentada, podrás tocar la guitarra mientras cantas, ya que sabes.

-¡Si, qué buena idea!

Así, las chicas siguieron ensayando, con su número ya reforzado.

Pero, un día, las cosas cambiaron por completo, dejando a Clara sola ante su destino, sin nadie que la pudiera apoyar.

Un día antes de la grabación del espectáculo (las chicas lo habían pensado grabar el último día de plazo), ocurrió algo inesperado, algo nuevo.

María había caído enferma de varicela y las había contagiado a todas, menos a... ¡Clara! Clara estaba muy triste, pues ya no podría participar en el concurso, pero sus amigas no pensaban dejar las cosas así, estaban dispuestas a hacerlo todo por conseguir que Clara participara en el concurso.

Por eso, cuando habló por teléfono con Miranda, ésta le dijo:

-Oye, tienes que participar en el concurso. Todas te estaremos apoyando y estaremos mentalmente contigo, si no nos es posible estar a tu lado.

-No me atrevo, a pesar de que sé que cuento con vuestro apoyo.

-Tienes que intentarlo, de verdad, es una gran posibilidad para que sea reconocido tu talento, además, si emprendes una carrera como cantante te servirá de mucho el saber que has participado y has ganado un

concurso. También es algo bueno para poder llegar a superar tu timidez.

-Miranda, si me atreviera, ya habría participado.

-Vamos, no seas pesada- dijo Miranda, que sabía que su amiga era muy blanda y que pronto dejaría de insistir.

-Bueno, lo intentaré, pero seguro que no lo voy a conseguir sin vosotras-exclamó Clara, a quien su amiga le había dado la confianza suficiente para poder grabar el vídeo.

Al día siguiente, llegada la hora de la verdad, Clara no estaba tan segura de lo que le había dicho a su amiga. Pero sabía que lo tenía que hacer, tan solo para no defraudarlas.

Así que le pidió a su madre que la grabara sobre un fondo blanco, como exigían las normas del concurso.

Clara comenzó a entonar las primeras notas de su canción favorita: Campo, de su grupo favorito, Secreto Desvelado, al mismo tiempo que tocaba la guitarra.

-Cuando estoy en el campo, siento los colores y los sonidos, la tranquilidad de mí se suele apoderar, cuando estoy en el campo...

La grabación se tuvo que repetir varias veces, ya que la chiquilla, invadida por los nervios, se equivocaba constantemente en la letra, se le olvidaba, o desafinaba mucho. Pero al final la niña recordó a sus amigas, sus apoyos y la confianza que le habían dado para conseguir lo que quería, participar en el concurso. Cuando terminó de grabar, se fue con la cinta a casa de Miranda, sin temor, pues ella ya había pasado la varicela y se la enseñó a Miranda, pero esta dijo:

-¿Sabes? Han aplazado el último día de plazo para entregarlo, pues ha habido un problema con el juez más importante.

-Qué bien, así podremos grabarlo todas juntas.

-Sí.

Así pues, cuando todas estuvieron recuperadas, grabaron de nuevo la actuación, contentas y felices. Si ganaban, habían acordado que el premio se lo quedaría Clara, aunque ésta no estaba conforme con la decisión y mentalmente pensó:

-No les dejaré que hagan eso. Lo repartiré con todas, porque ellas me han hecho cambiar de parecer y poder tener más confianza en mí misma.

Cuando subieron la grabación con el título del nombre de su club: "El club del pingüino" a la Web descubrieron que mucha gente había subido un vídeo con su actuación, y que la mayoría eran bastante buenas.

Se desilusionaron un poco y ya no estaban tan confiadas, pero aun así pensaron que podían ganar el certamen.

No podían con su impaciencia, querían saber ya el veredicto de los jueces, que darían el jueves por la tarde.

Por fin llegó el día tan esperado por ellas y por miles de adolescentes más. Clara, Miranda, María, Carmen y todas las demás se reunieron juntas para ver el fallo de los jueces.

En la lista decía:

-PRIMER PREMIO: "El club del helado".

-SEGUNDO PREMIO: "El club del pingüino".

-TERCER PREMIO: "Todas a una".

SEMIFINALISTAS Y MENCIONES ESPECIALES:

-"Solo yo".

-"El baile de la ardilla".

-"Trucos de magia y más".

-"Con solo decir BASAM".

-"Bailes tradicionales".

Las chicas gritaron, felices:

-¡Sí! Lo hemos conseguido.

-Gracias a todas, chicas, me habéis ayudado a superar mi timidez y me habéis dado confianza. Muchísimas gracias.

-Oh, no ha sido nada.

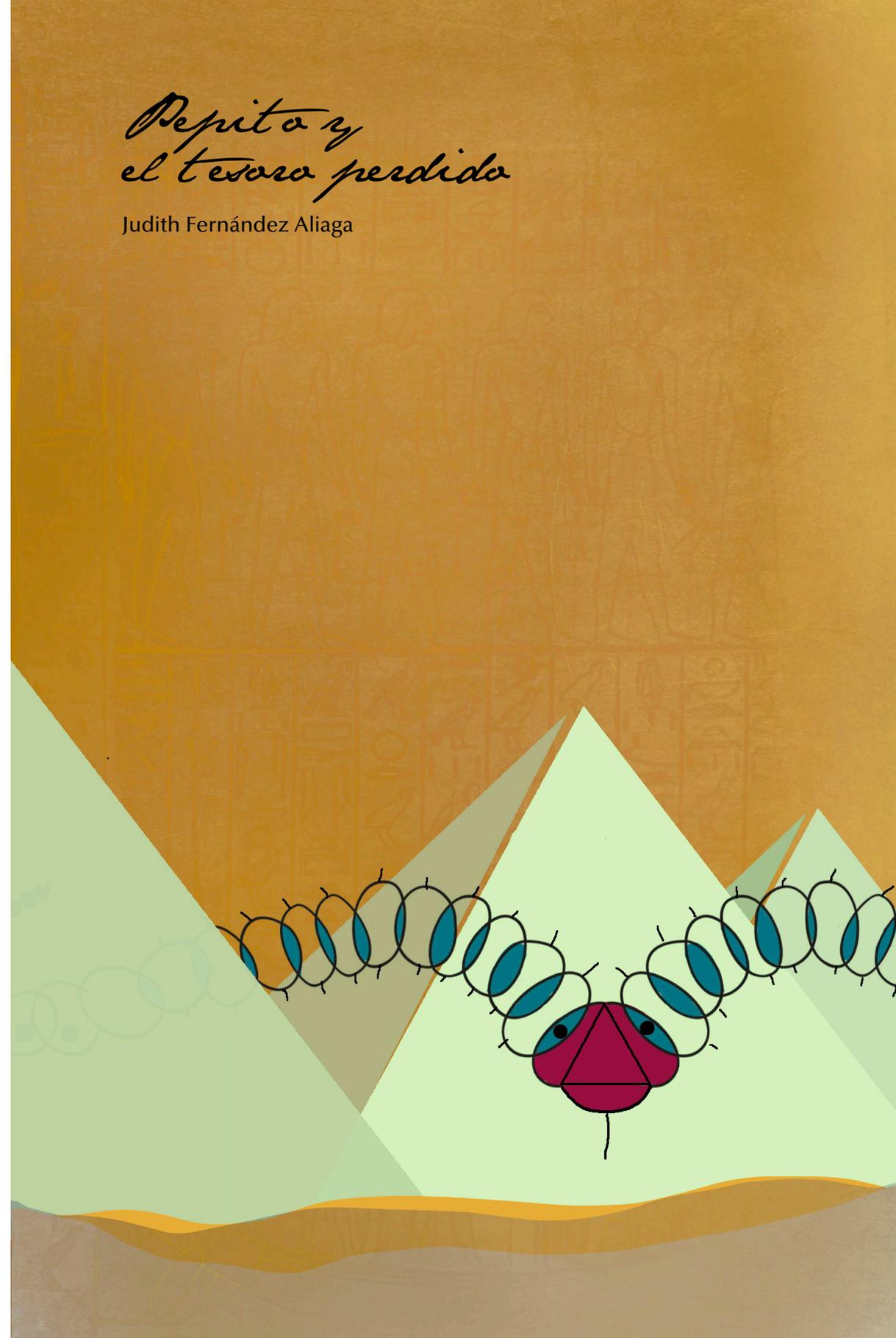
Así, Clara superó su timidez y se puso muy contenta de haber podido ganar el concurso, junto con todas sus amigas.

El premio llegó al día siguiente, y Clara, con la ayuda de su madre, lo repartió de forma de que a todas les tocara la misma cantidad de dinero.

A partir de ese momento, Clara dejó de tener su antigua timidez, todo gracias a la confianza que le habían dado todas sus amigas.

Pepito y el tesoro perdido

Judith Fernández Aliaga



Un sábado por la tarde, Pepito quedó con sus amigos para jugar a la "Play" en la casa de Juanito. Todos sus amigos estaban allí: Víctor, Javier y Alejandro. Iban al mismo colegio y a la misma clase, a quinto de primaria. Aunque no lo parecía, todos medían 1,65. Javier era el único rubio, porque los demás eran morenos. Parecían gemelos, lo tenían todo igual, los ojos grandes, unas orejas diminutas, una nariz de cerdito y unos labios enormes. Eran delgados, con unas piernas pequeñas y unos pies del número 40.

Al ver las noticias, Pepito se dio cuenta de que había un tesoro escondido en una tumba de Egipto y les dijo a sus amigos:

-¡Corred, venid todos a ver esto!

Entonces Juanito contestó:

-¿Por qué no hacemos un grupo y nos unimos para buscar el tesoro?
Y contestaron todos a la vez:

- Es una buena idea pero, ¿qué pasa con el colegio?

- Nos escaparemos mañana por la noche, cogeremos nuestras bicicletas y nos vendremos en tren –prosiguió Pepito.

Los amigos aceptaron y comenzaron el viaje. Fue un viaje largo y duro. Al principio del camino, se encontraron con unos guardias que no los dejaban pasar. Entonces, se fueron por otro camino. Al creer haber llegado, se dieron cuenta de que habían retrocedido la mitad del camino.

Volvieron a recorrer el camino, pero era otro diferente. Ya les faltaba poco para llegar, hasta que se encontraron un gatito que estaba perdido.

-¿Qué podemos hacer para ayudarlo? -preguntó Alejandro.

-¿Y si nos lo llevamos? -contestó Pepito.

-¡Sí! Buena idea.

Al cabo de 30 minutos llegaron hasta Egipto. Tenía un paisaje precioso, con muy buenas vistas. Las pirámides tenían forma de pico y unas eran más grandes que otras. Al encontrar la pirámide escondida tras el río, entraron. Todo estaba oscuro, con miles de puertas por todos sitios, millones de escaleras y caminos por recorrer. Ellos decidieron tomar el camino de la izquierda. Dijo Víctor:

-¿Estáis seguros de que éste es el camino que debemos tomar?

Le contestaron:

-Probablemente. Los chicos siguieron caminando recto por un camino lleno de piedras. Cuando pasaron la raya roja del suelo, un montón de trampas empezaron a salir de las paredes. Flechas, cuchillos, navajas...

-¡Corred! -dijo Juanito nervioso.

Al pasar las trampas, se dieron cuenta de que a Alejandro le lastimaron un brazo con un cuchillo. Por suerte, Javier se echó un botiquín con todo lo que necesitaban. Descansaron una hora porque estaban agotados. Juanito se encontró una hoja donde ponía:

Todos los que pasen de la segunda puerta de la muerte, se tendrán que enfrentar a varios acertijos y trampas.

-Lo resolveremos -dijo Pepito confiado-. Seremos un verdadero grupo.

-¡Juntos y unidos jamás seremos vencidos! -exclamaron a la vez.

Cuando, de repente, el techo empezó a caerse rápidamente.

-¡Corred! Id hacia esa puerta -dijo Víctor.

Empezaron a correr mientras respiraban profundamente y, ¡lo consiguieron! pasaron la puerta de la muerte. Estaban agotados, así que se acostaron a descansar.

Al cabo de un rato, un enorme y horrible gusano empezó a lanzarles bombas de la boca. Todos empezaron a correr asustados. La pirámide se iba a derrumbar dentro de muy poco.

-¡Nos va a aplastar!

Ellos cogieron lanzas y flechas para destruir al gusano pero, ¡era indestructible!

- Ya lo tengo: coged las ramas del techo, os agarráis y os subís en su cabeza -dijo Javier.

- 1, 2 y 3 -contaron juntos.

- ¡Saltad hacia esa tumba!

- ¡Estamos salvados!

-¡Lo conseguimos! -dijo Juanito.

El monstruo se chocó contra la pared y se le reventaron las narices.

-¡Eh chicos, mirad! ¡Hay otro acertijo! -dijo Pepito desesperado.

Si el tesoro queréis encontrar, tendréis que llegar hasta la habitación que no existe

-¿Cuál es la habitación que no existe? -preguntaron a la vez.

Todos se quedaron pensando. Pedrito, como era tan listo pensó y pensó hasta que algo se le vino a la mente.

-Claro, la habitación que no existe es la tumba. Es una habitación del tesoro. Recuerdo haber pasado antes por allí. Y le contestó Víctor:

-Hemos pasado cuando estábamos escapando del gusano gigante.

Entonces, fueron hasta allí, pero se dieron cuenta de que, ¡se había caído el techo abajo! Alejandro, vio unas palas en el suelo y las cogió. Empezaron a excavar, pero, les costó mucho porque había piedras muy grandes. Entre todos lo pudieron conseguir. Se acercaron y, cuando intentaron abrir la tumba se dieron cuenta de que... ¡Estaba cerrada!

-¿Y dónde está la llave? -preguntó Javier.

Alejandro, se chocó contra Javier y él le dio sin querer a un botón que estaba camuflado en la pared. La tumba se abrió y había miles de monedas de oro.

-¡Lo conseguimos! -contestaron a la vez.

-¿Y ahora cómo nos vamos? -preguntó Víctor. Y Pepito le contestó:

-Vamos a gritar a ver si alguien nos saca de aquí.

Gritaron todos a la vez:

-¡Socorro, estamos atrapados, sacadnos de aquí! -Al cabo de tres días, un guardia que pasaba por allí, les dijo:

-¿Qué hacéis vosotros aquí? Y ellos contestaron:

-Estamos perdidos, ¿sería tan amable de llevarnos a nuestra casa?

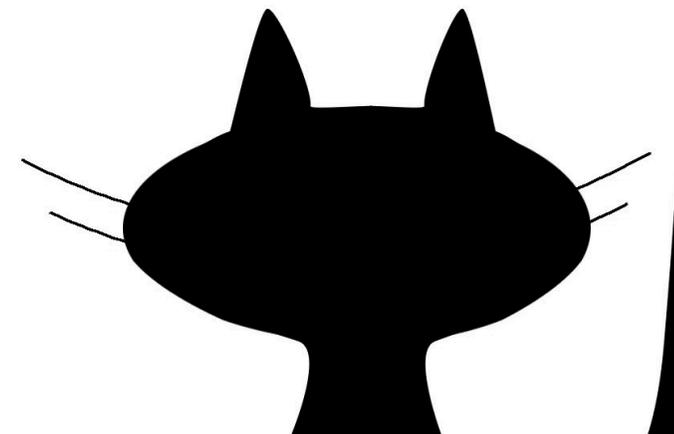
-Claro que sí, salid de aquí y os subís al coche.

Fue un largo camino, pero, regresaron de nuevo a casa.

FIN

Relato de Regaliz (historia de gatos)

Lea Elena Navez



-¡Miau!

Llamo a mi dueño, pero él no viene. Hace por lo menos una hora que mis humanos me han dejado bajo la lluvia, aquí, en una pequeña carretera de campo. Hace frío y mi largo pelaje negro está empapado, mientras que mis ojos verdes brillan con lágrimas que difícilmente podré llorar. Espero que mis humanos vuelvan a buscarme, pero no llegan. Intento taparme con el cartón en el que me han dejado, mirando con ansia la carretera para percibir su coche de color rojo burdeos, esperando el ruido de los frenos, una escapatoria para volver a casa. Y volver a sentir el dulce olor de mi cecita, la voz de mis humanos, los gritos de un bebé por las noches, el leve sonido de la tele, mis escapadas por los tejados de la ciudad... Pero nada. Los coches pasan y vuelven a pasar, como una multitud de colores, pero no veo el coche de mis humanos entre este arco-iris de vehículos y, sin creermelo yo misma, la vaga esperanza de que hayan cambiado de coche.

Y de golpe sé que no van a volver . ¿Cuál será el motivo de mi expulsión? ¿Cuál será la razón por la que me abandonaron en esta lúgubre y oscura carretera? ¿Los agujeros en los calcetines de la familia? ¿Las pelotas de lana desenrolladas por toda la casa? ¿O alguna otra travesura?

-¡Párate, mamá!

Oigo un sonido de frenos mientras un coche azul turquesa se para a dos centímetros de mi cara. Uf...

Levanto un poco más la cabeza y miro a una joven rubia, alta y más bien esbelta, de dulces ojos ámbar salir del coche.

-¿Qué es eso en mitad de la carretera? ¡Quítalo de en medio y entra, que te vas a resfriar!-Oigo gritar desde dentro del coche.

-¡Ya voy!- gritó la denominada Ángela.

Me intenta coger, pero me echo hacia atrás.

-Cálmate, cosita- me dice sonriente.

Esta vez me dejo coger. Hay un yo que sé en esa chica que me cae bien. Noto como subimos en el coche.

-¡Ángela, pero si ya tenemos 7 gatos! Cariño, creo que no va a ser posible...

La persona que había hablado era una mujer de unos 40 años, de pelo negro y rizado.

Luego me mira y su expresión se suaviza.

-¡Es una monada...! Bueno, vale, te lo puedes quedar.-sentenció.

-¡Gracias, mamá!-exclamó mi nueva dueña.

La alegría estalló en mí como un cañón de confetis.

-¿Cómo la vamos a llamar?-preguntó un chico de pelo negro, alto y esbelto.

-Ummm... ¡Regaliz!- exclamó la chica riendo.

-Aaaaaah...Muy bien, un nombre comestible.

Mi nueva humana me acomodó en sus brazos mientras el coche se ponía en marcha de golpe.

No sé muy bien cómo, pero llegamos rápidamente a una enorme casa pintada de amarillo que contrastaba con el tiempo frío y lluvioso de fuera. La casa me produjo una inmediata sensación de seguridad. Oí los maullidos de mis siete compañeros.

-Métela en la gatubición- dijo el muchacho.

-Espera que la seque.

La dejé cogerme, pero no suporté que me pasará la servilleta por el morro y me revolví.

-¡Estate tranquila!- me regañó mi humana.

Me paré enseguida.

-Qué gracioso...-comentó ella- parece que me comprendes.

¿Cómo? ¿Por qué no te comprendería? Empiezo a mordisquearle el dedo.

Me deja en una gran habitación reservada para los gatos que resulta que es la gatubición.

Hay un montón de cestas de todos los colores y formas, torreones para escalar, rasca-uñas. A lo lejos vi un perezoso gato pelirrojo que descansaba cansino en un cojín morado.

Pelotas, diferentes juguetes en forma de comida y, como no, el clásico ratón de plástico en sus distintas variantes, estaban tirados por el suelo en un caos de juguetes para gatos.

Veo una gata jugando con sus dos gatitos, macho y hembra, uno de color pelirrojo y la otra de color crema. El gatito pelirrojo descansa panza arriba, los ojos fuertemente cerrados, la boca entreabierta dibujando una leve sonrisa, un ronquido flojo saliendo de sus labios. Duerme profundamente y nada parece poder despertarlo. Su hermana, en cambio, está pidiendo algo a su madre con insistencia.

-Porfi, mami, déjame subirme al torreón...

Y noto en el círculo de pasos que esta formando alrededor de su madre que cojea fuertemente.

-No, no, no y no.-dijo firmemente la madre.- ¡No subirás al torreón punto y pelota!

La gatita se enfada y se mete en la cestita que esta al lado mía, sin fijarse siquiera en que estoy allí. Sigo con los ojos como la madre gata se marcha a beber agua.

-Hola.-saludo a la gatita.

-Hola.-dice la gatita sorprendida.- ¿Quién eres tú?

-Soy Regaliz ¿Y tú?

-Soy Eleonora. Encantada.

Se levanta y se dirige hacia el torreón. Veo como empieza a trepar al primer escalón.

-¿No te ha dicho tu madre que no subas?-le preguntó extrañada.

-Solo lo dice porque tengo mala la pata-me responde ella.- Y además ahora no está...

La miro curiosamente. Consigue agarrarse al primer escalón y se sube.

-¿Qué te ha pasado en la pata?-le preguntó.- ¿Te has caído?

-No,-responde ella mientras se agarra al segundo escalón.-nacé así.

-¿Se puede nacer malo?

Candi la princesa

Beatriz López Bravo

-Se ve que sí.- dice ella arriba desde el segundo escalón.

De golpe pierde el equilibrio y se cae encima de su hermano, todavía dormido en el suelo.

Este último se mueve un poco, abre los ojos y se vuelve a dormir.

-¡Qué dormilón es Leoro!-se ríe la gatita.

-¿No te has hecho daño?

-No, estoy bien.-me responde ella-. Mañana lo conseguiré.

Y se marcha. Me siento muy cansada. Me meto en una cesta azul marino y casi sin darme cuenta me duermo.

-¡Despierta! ¡Vamos arriba!-me despierta Eleonora.

Me levanto y la sigo.

-No creo que lo vayas a conseguir.-digo yo mirando hacia el torreón.

-Ya verás que sí.

Y se pone a escalar. Y para mi gran sorpresa llega al 3º escalón sin escombros. Pone las patas delanteras en el borde de la plataforma y tira hacia arriba para impulsarse a la 4º plataforma. Pero algo sale mal y su patita se desengancha, dejándola colgar en el vacío por una sola pata. Me angustia y me preparo para pillarla de un momento a otro.

Y de golpe, de un zarpazo se vuelve a pillar y se sube a la penúltima plataforma.

Y cuando un rato después se sube a la 5º y ultima plataforma estoy admirada por esa gatita que queriendo ha podido, que se ha esforzado por ser como los demás. Porque en el fondo Eleonora solo quería hacer como todos los gatitos de su edad, sin que le importe tener una pata más corta que los demás.

Y desde allí, desde su perchero, me mira, como para decirme “¿No te lo dije?”. Y me inclino delante de ésta casi desconocida que me ha sabido enseñar el valor de no ser como los demás.

Con un suave maullido me invita a seguirla arriba desde ese alto torreón. Y acepto la propuesta. Acepto el desafío ¿Seré capaz de hacer mas que esa gatita coja? Lo dudo, pero siempre puedo intentar. Aunque es imposible... ¿Pero? ¿Acaso no hay un dicho que dice “Nunca digas nunca”?

Y de un salto me acerco al torreón para alcanzar a Eleonora en su cima.

FIN (Aunque un final es un nuevo comienzo)



Allá lejos, en el fin del mundo, vivió una vez una rana gigante llamada Candi. Candi era feliz, aunque echaba de menos su anterior vida, cuando habitaba en los estanques del palacio real de la princesa Beleco. Entonces nadie se asustaba por su increíble tamaño y era el centro de atención en todas las fiestas.

Un día, en el palacio real se presentó un cazador muy peculiar, un cazador de ranas que les dijo a los reyes que debía atrapar a todas las ranas de todos los reinos del mundo porque, al parecer, eran peligrosas por algo raro que se inventó. A ver como si no iba a convencer a los reyes para que le dejara cazar a todas las ranas, incluida a la rana gigante Candi.

La princesa Beleco, que lo oyó todo, fue corriendo a avisar a su amiga Candi para que se marchara lejos. Y tan lejos se fue que llegó al fin del mundo, donde se refugió en un gran faro abandonado desde el que se podía ver más allá de los confines de la tierra.

Un día, Candi recibió una misteriosa carta. En ella se le informaba de que la princesa Beleco, su gran amiga, su salvadora, estaba en grave peligro y tenía que acudir en su ayuda. La mensajera era una hermosa paloma blanca que nunca abandonaba a la princesa.

-¿Cómo me has encontrado?- preguntó Candi a la paloma.

-Oí a la princesa decirte que te fueras lo más lejos posible y no hay nada más lejano que el fin del mundo –respondió la paloma.

-Cuéntame, paloma, ¿qué ha pasado? ¿Por qué Beleco necesita mi ayuda? –preguntó Candi.

-¿Te acuerdas del cazador de ranas? –Respondió la paloma-. En realidad es un brujo. La única rana a la que estaba buscando eras tú. Necesita algo de ti para hacer un conjuro. Y ha raptado a Beleco para que vayas a buscarla.

-Dime dónde está. ¡La rescataré! –dijo Candi muy decidida.

-¡Pero si no sabes qué quiere de ti! ¡Podría hacer mucho daño, o incluso matarte! –dijo la paloma.

-Tal vez sólo necesite un poco de mi sangre, o una muestra de mi piel –dijo Candi-.

Además, ¿qué importa lo que quiera el brujo? Beleco me necesita. Llévame hasta ella, por favor.

-El caso es que no sé dónde está –respondió la paloma-. El brujo me dio la carta mientras se llevaba a la princesa y no me dijo dónde se la llevaba.

-¡Qué extraño! –Exclamó Candi-. No tiene ningún sentido. Te da la carta y no te dice dónde está. Pero... espera. ¡Tengo una idea!

Candi se subió a lo alto del faro de un salto. Desde allí se podía ver todo lo que había muy muy lejos.

Después de un rato observando vio una gran torre en el horizonte rodeada de unas nubes negras y escondida entre una extraña niebla vercosa.

-¡Aquella debe ser la morada del brujo! –dijo Candi-. Es el lugar más escalofriante que se puede ver desde aquí.

-Vayamos entonces- dijo la paloma-. No hay tiempo que perder.

Candi y la paloma se pusieron en marcha. Tardaron muchos días en llegar a aquella horrible torre. Cuando al fin llegaron, Candi empezó a croar muy fuerte para que lo oyeran y les abrieran la puerta. El mismísimo brujo hizo los honores.

-Pasad, pasad- dijo en tono misterioso-. Os estaba esperando.

Candi y la paloma entraron y acompañaron al brujo.

-¿Dónde está Beleco? –preguntó Candi.

-¡Aquí! ¡Aquí estoy! –dijo la princesa desde una celda suspendida sobre sus cabezas.

-¡Suéltala, maldito brujo! –Dijo Candi-. Ya me tienes aquí. Déjala ir y dejaré que hagas conmigo lo que quieras.

-Lo único que quiero es saber cuál es tu secreto. Dime, ¿cómo has conseguido ser tan grande? –Dijo el brujo-. Beleco no me lo quiere decir. Y yo necesito saberlo para crear un enorme ejército con el que conquistaré y dominaré... ¡el mundo entero!

-¿Cómo? –Dijo Candi-. ¡Quién en su sano juicio iba a ayudarte con esas intenciones!

-¡Déjala! Candi no sabe eso –dijo la princesa desde su celda-. Además, de nada te serviría saberlo. No podrías utilizarlo.

En ese momento, la jaula se inclinó y la princesa estuvo a punto de caerse. Se agarró fuerte, pero no podría aguantar mucho en esa posición.

-¡Candi! –gritó la paloma-. ¡Deprisa, hay que hacer algo!

Candi tuvo que improvisar. Tenía que saltar a por Beleco, pero el brujo no se lo iba a permitir.

-¿Confías en mí? –gritó Candi la princesa.

-¡Sí! –respondió a ella-. ¡Confío en ti, amigo!

-Pues entonces, déjate caer.

Mientras el brujo se distrajo gritando a la princesa que no hiciera nada, Candi dio un salto enorme sobre su cabeza para coger impulso y saltar hacia la jaula a la vez que consiguió dejarlo completamente inconsciente.

Beleco cayó de la jaula y Candi la cogió por los pelos en plena caída.

-¡Qué gran rescate! –dijo la paloma-.

-¡Vámonos amigos! –dijo Beleco-. El brujo no tardará en despertarse.

Los tres salieron de allí y pusieron rumbo al palacio real. Cuando llegaron todos estaban muy contentos. Bueno, todos menos Candi.

-¿Qué ocurre Candi? ¿No te alegras de volver a casa? –preguntó la princesa a su amigo.

-Si, claro que me alegro. Solo estaba recordando las palabras del brujo... nunca he sabido por qué soy una rana diferente... ¿sabes tú por qué soy más grande que las demás? Me gustaría saber si me pasa algo malo.

-¡Pero Candi, no te pasa nada! Te voy a contar algo. Cuando cumplí seis años mi hada madrina me preguntó qué quería que me regalara por mi cumpleaños y yo le pedí algo muy especial: un amigo para toda la vida. El hada me lo regaló y me dijo que cuanto más lo quisiera yo a él y más me quisiera él a mí, más grande se haría.

-Ah... ¿y quién fue ese amigo?

-¿Pues quién va a ser?... ¡Tú, claro!.

Candi sonrió cuando escuchó las palabras de la princesa y se sintió muy feliz de saber que para la princesa él era tan importante como lo era ella para él.



MODALIDAD ESCOLAR SECUNDARIA



Acas olvidas al hombre

Irene Esteban Sánchez



A veces te puedes sentir fuera de lugar en este mundo, como si la gente no te aceptara con una sola mirada. Tener la sensación de desprecio sin utilizar el habla y tener miedo, ya no sentirlo. Haber poseído tanto ese sentimiento que te consideras parte de él.

Viviendo atrapado en una piel más morena en pleno siglo XXI no debería ser un problema pero en mi país, el color de mi piel se convierte en una cárcel sin ventanas ni puertas, sin salidas hacia una libertad que únicamente está pintada de blanco.

Nací en Bossonia un pequeño pueblo al este de Estados Unidos, Bossonia parece un pueblo acogedor para formar una familia o eso pensaron mis padres al emprender el viaje más duro de sus vidas. No fue fácil para ellos hacer las maletas y abandonar todo lo conocido para enfrentarse a un destino inesperado. La mayor razón de aquel trayecto fui yo, mis padres, llamados Anne y Antoine, lucharon largos y duros meses por un permiso que no aseguraba nada de nuestro futuro, el único valor que tenía ese permiso era la esperanza que desprendía.

Mi madre empezó su nueva vida ocupándose de mí, mejor dicho, preparándose para mi llegada. En cambio, mi padre salió a buscar un empleo. En principio la energía que tenía era incomprensible, rebosaba energía positiva, una gran ilusión que no permitía a mi madre preocuparse, aun habiendo pasado dos semanas y todavía sin haber logrado trabajo. Hasta que un día ocurrió. Sucedió el mayor milagro y la mayor catástrofe que la vida nos puede dar.

Yo, Roberto, fui ese milagro y fui el causante del desastre. Mi madre consiguió darme a luz pero tristemente fue lo último que consiguió. Antoine retenía las lágrimas o supongo que las reprendía, porque yo no sabía lo que acababa de suceder. Ese día antes del parto mi padre consiguió trabajo por fin, no tenía mucho sueldo ni era el trabajo soñado pero en la situación que nos encontrábamos, él no tenía el privilegio de la elección. Yo no comprendí esa injusticia hasta mi entrada en el colegio de la zona. El primer día con solo tres años de edad pude percatarme de que había algo que me distinguía del resto de los chicos, siempre mi padre me decía que la diferencia era lo que nos hacía únicos y mejores y aunque la vida me haya hecho dudar, aquella frase, todavía la recuerda y la pongo en práctica en los peores momentos.

Después de diez años en ese colegio aprendí lo que era el racismo. No podía creer que un compañero de mi clase me odiara exclusivamente por mi color de tez, para mí, era extraño odiar. Antoine nunca me había enseñado a hacerlo y yo tampoco había tenido curiosidad por aprenderlo. A mí me habían criado en el respeto y la humildad y por eso cuando aquel ocho de septiembre el compañero que sentaron a mi lado en clase se quejó porque no se sentía a gusto, mi mundo se vio descolocado. La verdad es que fue raro que tardase tanto en percatarme del primer acto de racismo porque mi padre había sufrido bastante desde el día que pisamos Bossonia.

A la llegada a mi casa le conté a mi padre el incidente con mi compañero y en un acto de indignación fue a hablar con el director de mi centro. Poco tardó en salir de la sala con las manos en los bolsillos y la cara agachada. Esta expresión de disculpa infinita se posó levemente transformando su rostro. En cuanto entendió que mi director no era otro que el hermano de su jefe, compartiendo así su virtud de racista.

Mi padre aguantaba aquella trágica situación por mí y aguantó cinco años más también por esa razón. Todo ese tiempo sin que yo supiese nada estuvo ahorrando para que cuando yo alcanzase la mayoría de edad pudiéramos comenzar los dos juntos una nueva vida, en un buen lugar de verdad.

A mi parecer, los cinco años siguientes se pasaron en un suspiro, no hubo ningún incidente más como el de mi comienzo en la escuela y de ello se encargó mi padre. Cuando cumplí los dieciocho años y por fin conseguí la mayoría de edad seguía siendo un niño, un niño con una gran inocencia que mantenía sus ojos cerrados. Pero el viaje que

emprendimos mi padre y yo, empezó a hacer que despertara y viera la verdadera realidad, comenzando con leves parpadeos y terminando con una claridad que asustaba.

Partimos de Bossonia un sábado a media noche, una hora extraña para abandonar la ciudad, aunque la emoción del viaje no me hizo plantearme nada. Nuestro tren salía a las siete de la mañana y el avión a las dos de la tarde. Vivíamos en un lugar incomunicado de las grandes ciudades y para llegar hasta ellos el trayecto se hacía eterno. Nuestro destino era Italia, en Europa. Había oído hablar de Europa y de las maravillas que contenía; pero jamás me habría imaginado vivir allí. Tendría que aprender el idioma, sin embargo, no era ningún problema. En el instituto aprendí alemán y francés y por mi cuenta empecé a hablar español. El italiano me llamaba la atención, me parecía un idioma emocionante. Mientras me encontraba inmerso en mis pensamientos, llegamos a la parada del tren. El sonido de la voz avisando nuestro destino me despertó e hizo que mis piernas empezaron a correr a la vez que mi padre tiraba de mi mano. No comprendí lo que había ocurrido hasta que llegué al asiento. Casi perdemos el tren. El revisor fue pasando asiento por asiento pidiendo los billetes, cuando llegó nuestro turno mi padre con las prisas no encontraba el billete, y en el acto en el que los buscaba nervioso, el hombre le levantó del asiento y le acusó de ladrón, de ser un mal hombre, un estafador y justo cuando iba a echarlo del tren, sacó del bolsillo de la chaqueta el papel deseado. La expresión del hombre cambió radicalmente y su rostro se enrojeció al ver todas las miradas encima de él. Soltó enseguida a mi padre y las disculpas fueron pocas. Salimos del tren con una botella de vino y asientos en primera clase. Mi padre, pese a todo lo recibido, no sentía que fuera buena recompensa por la humillación y acusación falsa. No me decía nada, no se atrevía; pero ahora yo sé que él lo vivió en silencio por mí. El viaje en avión se hizo ameno al principio, nunca antes había viajado en ninguno, y ver el paisaje, tu casa, pequeña, siendo una minúscula pincelada en el cuadro del mundo. Me sentía inmenso, grande y poderoso. Solo quería quedarme en el aire sin preocupaciones, siendo más grande que el mundo, en el cual ahora todos los problemas se habían reducido a su mínimo tamaño, junto a las preocupaciones. En el momento que mi mente se encontraba en un mundo fantástico y mis ojos miraban sin punto fijo por la redonda ventana, del avión emergió un sonido agudo que se reiteraba una y otra vez, sin cesar. Mi padre me agarró fuertemente de la mano y que me puso la mascarilla de oxígeno, luego se la colocó él y cerramos los ojos. El avión descendía en picado

sin frenos y a cada segundo con más velocidad, mi cuerpo temblaba y a la vez se encontraba rígido como una piedra.

Lo último que sentí fue un temblor tan intenso que me dejó sin conciencia durante unos minutos.

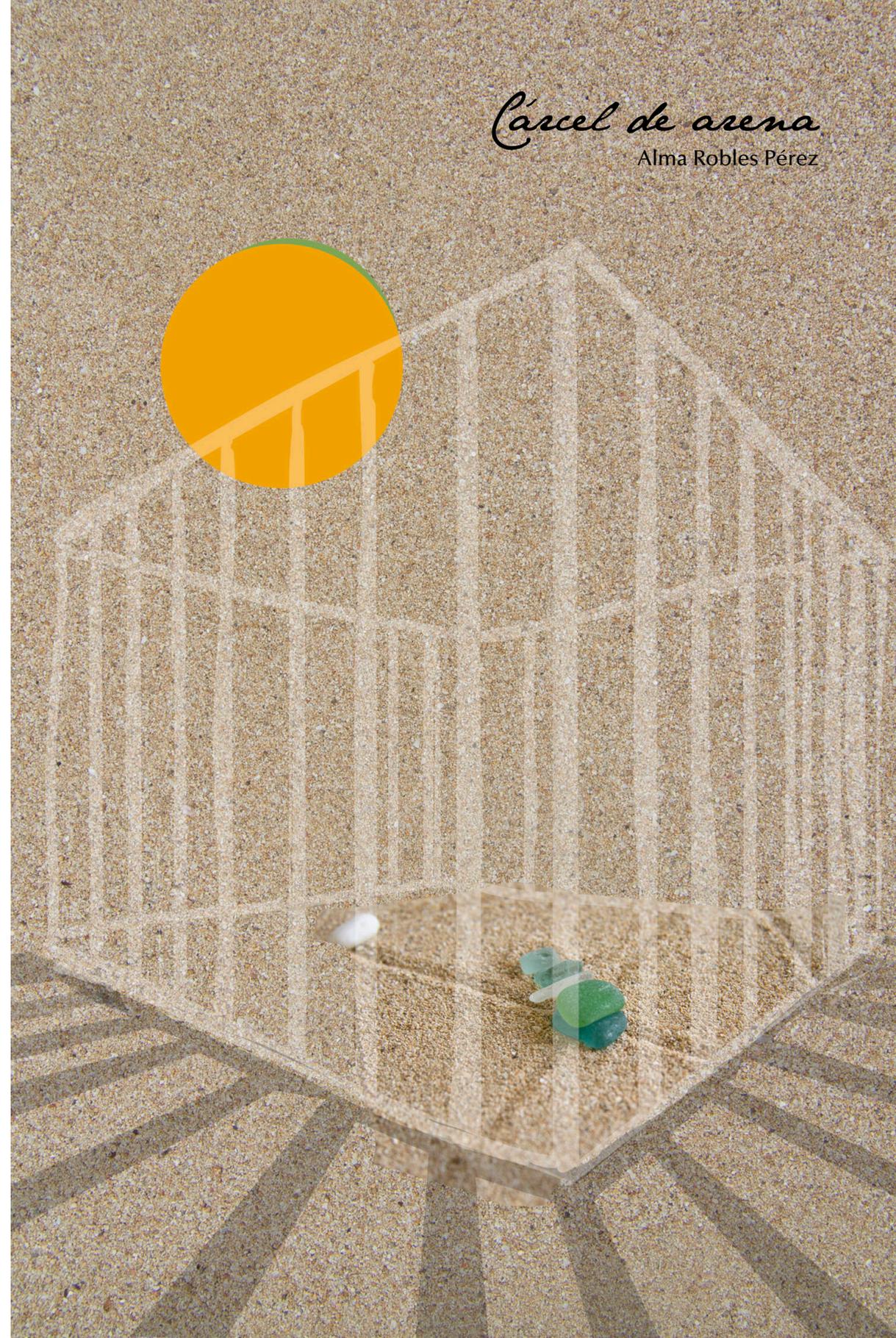
Abrí los ojos corriendo, de una manera desorientada. Me intenté levantar, pero no sentía las piernas, solo oía con la oreja izquierda y los sonidos que llegaban a ella eran devastadores, gritos ahogados y llantos, muchos llantos. Busqué a mi padre que no estaba a mi lado, al chocar su asiento salió disparado para otro lugar, un lugar que mis ojos no alcanzaban a ver. La ansiedad se apoderaba de la parte de mí que sí tenía movilidad. El llanto brotó de mi garganta uniéndose a las lágrimas que salían de mis ojos, grité, grité con todas mis fuerzas, pero mi voz solo fue ocultada entre las demás, y no tuvo ninguna importancia. Pasadas las dos horas apareció la ayuda y los hombres vestidos con un uniforme verde llegaban con máquinas y ambulancias.

Empezaron a sacar niños, y luego a los adultos, pero yo parecía invisible en aquel lugar, ningún hombre me ayudaba, no entendía el por qué ni sabía dónde se hallaba mi padre.

Cuando salieron todos los pasajeros descubrí lo que mi padre había intentado ocultarme durante tanto tiempo, el racismo. Pero lo triste es que lo descubrí de la forma más dura posible, con accidente que casi me deja parapléjico y con la muerte de él, mi héroe, mi padre. Cuando me encontraba encima de la camilla y los médicos me administraban suero, vi a mi padre salir con la cabeza ensangrentada en otra camilla, rápidamente me liberé de todos los enfermeros y salí corriendo hacia él. No me creía lo que mis ojos veían, no daba señales de vida y sus manos estaban frías. La agarré fuerte, lo más fuerte que pude y comencé a llorar. Sin ninguna esperanza solté su mano y le di el último beso, sus ojos se abrieron y de su boca salieron las palabras: "Te quiero, siempre fuertes".

Años más tarde, en Italia, sitio dónde ahora vivo en honor a mi padre, el racismo no se puede apreciar día a día, pero cada mañana antes de que mi maravilloso hijo salga hacia la escuela le repito: "Te quiero, siempre fuertes" y él me responde con la misma sonrisa inocente que yo en mi comienzo de la vida tenía, y por mucho daño vivido, siempre intentaré olvidar y avanzar, mi objetivo en la vida se resumirá en hacer olvidar al hombre.

Carcel de arena
Alma Robles Pérez



Antes de ir, no sabía qué imaginarme, es más no quería imaginarme nada para que fuese una sorpresa. Estaba segura de que iba a ser la experiencia de mi vida y lo cierto es que lo fue. Fui con mi padre, solo llevábamos una pequeña mochila cada uno con lo justo y necesario, lo nuestro era lo que menos nos preocupaba, en lo que si nos esforzamos fue en preparar dos maletas para ellos, llenas de lo que creímos iba a agradar y a servir a sus destinatarios. Nos subimos en el avión, sin conocer nada de nuestro destino, bueno solo sabíamos el nombre, nos dirigíamos a los campamentos de refugiados saharauis. Llegamos al aeropuerto de Tindouf y luego nos subimos en un autobús en el que estuvimos unas seis horas. Yo estaba cansada y a la vez nerviosa, era inquietante estar en un autobús que iba por el desierto sin carreteras, ni señales de tráfico, ni semáforos, solo veía arena y más arena. Por fin llegamos a donde se supone, íbamos a vivir durante los siguientes cinco días. Nos recogió el padre de la familia y nos lleva a su casa, si se puede llamar casa. Cada familia allí tenía una jaima amplia y una pequeña construcción de adobe. La familia nos recibió con una cena muy suculenta que no pudimos rechazar ya que estábamos hambrientos. Al día siguiente comenzó, realmente la aventura.

La familia estaba formada por cinco miembros y uno que venía en camino. La madre, llamada Manna, era la que llevaba el mando, algo que aparentemente es raro ya que al ser de religión musulmana es muy común que sea el hombre el que mande, debido al machismo tan extendido

en esta religión. Era una mujer muy trabajadora y que me cuidaba y me protegía como si fuese su hija. Estaba embarazada y estaba muy débil, apenas se podía levantar del suelo a pesar de ser muy joven. El padre, Saud, era algo más tímido, pero aun así era el que hacía los trabajos duros para ayudar a su mujer que estaba en tal mal estado. La pareja estaba muy quemada no solo por el sol, sino por la vida tan difícil que se lleva en el desierto. La hija mayor, Sumaia, tenía mi edad pero parecía mucho mayor que yo y a eso había que sumarle la madurez que había tenido que desarrollar obligatoriamente antes de tiempo para poder ayudar a su madre con sus hermanos menores.

Ella había tenido la oportunidad de viajar a mi casa unos veranos atrás, gracias al proyecto que hace posible España para que los niños saharauis pasen los meses más duros del año en los que las temperaturas suben hasta alcanzar más de los cincuenta grados, fuera del desierto. Gracias a las "Vacaciones en paz", la pudimos conocer. Yo no tenía más de diez años cuando la vi por primera vez, pero recuerdo que fue uno de los mejores veranos de mi vida. Ella me contó cómo vivía y ahí fue cuando yo entendí porque agradecía tanto poder comer todo los días con nosotros, porque rebañaba el plato y si se caía una molla de pan al suelo la cogía y se la comía, el cómo se podía tirar horas y horas mirando cómo corría el agua del grifo abierto y cómo podía estar toda la tarde disfrutando de la piscina sin salir para descansar. Yo sabía que eso era un paraíso para ella, pero no terminaba de comprender por qué yo si podía tener lo que yo quisiese en mi casa y ella no. Yo estaba muy contenta de tener una nueva amiga saharauí y de poder aprender tanto sobre una cultura tan diferente a la mía, Compartíamos todo, éramos como hermanas y no quería que se fuese, hasta que llego el día de la despedida en el que yo le prometí que algún día iría a visitarla. Desde ese momento no había día en el que no me acordase de ella y de lo mucho que me gustaría ayudarla para salir de esa "cárcel de arena" en la que estaba sometida a vivir.

El hijo mediano, era solo seis años menor que Sumaia y se llamaba Ali. Era un niño que estaba fuera todo el día jugando con sus amigos y que solo iba a la casa para comer y dormir. Tenía dificultades para aprender pero aun así era un niño muy trabajador que estaba ansioso por aprender. Y por último estaba la hermana pequeña que se llamaba Fati y que era muy traviesa y nerviosa, no paraba de jugar, de reírse, de bailar... Tenía un problema con la comida, siempre tenía la barriga hinchada y no era porque le sobrasen kilos, sino por lo mal que comía, porque allí mientras que los niños comen algo, da igual de lo se trate.

El primer día fue para mí la primera toma de contacto con un mundo que yo no creía que pudiera existir. La casa era muy pequeña para cinco personas. Ellos dormían en el suelo o en la arena, fuera de la casa para no pasar tanto calor. El baño, era un pequeño cuarto construido en medio de unas diez jaimas, es decir, era un baño comunitario por así decirlo, y no se puede llamar ni siquiera baño, era como he dicho una pequeña caseta de adobe con una puerta hecha de una fina tabla de manera que no se podía cerrar y lo único que había en ese lugar era un pequeño agujero en el suelo. Ellos apenas lo utilizaban porque tenía todo el desierto para poder hacer sus necesidades y como no tenían agua como para ducharse diariamente, el tema de la ducha no era un problema. En cuanto a nosotros, si nos era de ayuda ese baño porque allí podíamos orinar sin tener que perderos en el desierto y porque allí nos duchábamos. La ducha consistía en echarte un poco, y digo poco porque era muy poca el agua de la que disponíamos. Esta estaba en un cubo pequeño rojo y nos la echábamos con un pequeño cazo también rojo. Era complicado tener que tener tanto cuidado de no desperdiciar ni una sola gota de ese agua, para nosotros tan preciada en esos momentos. No nos podíamos duchar todos los días, por lo que las toallitas húmedas nos sirvieron de mucho para mantenernos más o menos limpios y para soportar el calor infernal que rondaba por los cuarenta grados. El agua era oro para ellos, la aprovechaban muy bien, estaba almacenaba en un tanque azul de plástico que tenía dentro unas mangueras que salían al exterior. Cada familia tenía su manguera y podía coger agua cuando lo necesitara. Para ellos esa agua era buena, provenía de un pozo aunque era potable y a ellos les sentase bien. Nosotros no podíamos beberla si no queríamos tener diarrea y vómitos. Utilizaban la misma agua para hacer la comida, para beber, para asearse...

La comida de todos los días se componía de arroz blanco sin ningún condimento y en algunas ocasiones de pollo o atún de lata, y al estar nosotros allí como invitados nos cocinaron camello y cabra también. Yo soy vegetariana y lo pasé un poco mal porque comía todos los días arroz o pasta en su defecto. Ellos no entendían cómo me podía negar a comer carne o pescado, cuando ellos daban gracias de poder comer todos los días. Era un poco frustrante para nosotros estar sentados en el suelo alrededor de una pequeña mesa de plástico, comiendo en platos individuales y con cubiertos y tener al lado en el suelo comiendo a cinco o seis niños de un solo plato una ración individual con las manos. Toda la comida que nos preparaban llevaba arena como ingrediente sorpresa y

con el calor no teníamos demasiada hambre por lo que en muchas ocasiones nos dejábamos el plato medio lleno y veíamos cómo éste acababa limpio rápidamente cuando se lo dábamos a los niños. Nos dijeron que allí, no se tiraba nada de comida, si no se lo comían ellos, se lo daban a los vecinos, se lo comían otro día o se lo daban a las cabras,. Esto último era lo menos común porque las cabras y los camellos se alimentaban fundamentalmente de cartón o de plástico de los embalajes de la comida... esto hacía que pudiésemos encontrarnos cabras muertas cerca de la jaima con niños jugando cerca de ésta sin darle importancia a la multitud de enfermedades que ésta podía transmitirles a los pequeños.

Los niños estaban siempre fuera de casa, solo volvían para dormir porque comían en la casa más cercana a la zona de juego, no importaba de quien fuese la casa. Todos se conocían y aún sin conocerse las madres de las casas siempre estaban para ofrecerle algo de comida a un niño más. Los niños pasaban los días jugando al fútbol con una pelota de alguno de ellos, regalo seguramente de algún español, jugaban descalzos. Era increíble ver la técnica que podían llegar a tener sin haber dado clases de ese deporte nunca, ellos habían aprendido solos. He dicho que jugaban descalzos, pero es que todo lo hacían sin zapatos, andaban por la arena ardiendo del desierto sin mostrar ningún gesto. Tenían las plantas de los pies acostumbrados a andar no solo por la suave arena sino por las zonas pedregosas que también eran habituales. Era curioso ver cómo muchos de ellos vestían camisetas de fútbol españolas, cómo cada uno se pronunciaba por un equipo y cómo sus ídolos eran jugadores españoles. Podían llevar la misma ropa durante varias semanas consecutivas y siempre llevaban la piel llena de arena, al ser de tez morena se les notaba mucho más y parecía estar cubiertos de polvo de los pies a la cabeza. Los bebés, que son los que más higiene suelen necesitar estaban siempre sucios, la ropa estaba llena de comida, porque si se les caía algo no lo podían limpiar y sus caras estaban recubiertas de restos de comida, de mocos, de arena... Cuando dormían quedaban rodeados de una nube de moscas que hacía imposible ver siquiera los ojos de los niños. Si los niños jugaban al fútbol, las niñas jugaban al escondite, al pilla pilla, al chocolate inglés... Se entretenían incluso con una piedra, lanzándola al aire e intentándola coger de nuevo el máximo número de veces posible, también construían en la arena su propio tres en raya, trazando con los dedos el tablero sobre el suelo y utilizando como fichas pequeños palos y piedras. No tenían juguetes, pero eran felices con lo que tenían.

Los mayores iban al colegio, a lo que ellos llamaban “madrasa” allí aprendían lo básico de matemáticas, lengua y poco más. Lo que si se aprendían con más seriedad era el Corán, que solían repetir todos juntos en clase varias veces, pero que en la mayoría de casos cuando llegaban a casa ya se les había olvidado lo que habían estudiado. La educación claramente no era lo más importante. Cuando se llegaba a los dieciséis más o menos, los jóvenes tenían en pocos casos la oportunidad de seguir estudiando en Argelia mayormente o a veces en Cuba. En estos sitios, podían llegar a conseguir estudiar una carrera universitaria que luego les abriría seguramente muchas puertas de cara al futuro. Y digo los jóvenes y no las jóvenes porque ellas no continuaban normalmente con sus estudios. Cuando yo descubrí que Sumaia había dejado los estudios me sentí tremendamente mal, no entendía por qué a ella le había tocado vivir así, y quería que ella se formase y cumpliera sus sueños. Ella me dijo que iba a intentar hacer cursos para lograr ser profesora de infantil. Los jóvenes eran los que podían buscar algún que otro trabajo para ayudar a sus padres. En definitiva, para vivir de algo más que de la ayuda humanitaria.

Allí las horas se pasan muy lentamente, lo que hace que recibas la información de otro modo, lo que te hace pensar más y asimilar de otra forma las cosas. Todos los días son iguales, pero a la vez muy diferentes. Los adultos además de cocinar, no hacen otra cosa, no tienen nada con lo que entretenerse. Suelen cantar, bailar y hablar. Sobre todo hablar. Se junta la familia, los vecinos, los amigos... y mientras se toman el té hablan sin parar.

Sobreviven porque se tienen los unos a los otros, nunca están solos, de lo contrario los días serían interminables. Su situación es demasiado injusta. Viven en un trozo de desierto del Sahara que forma parte del territorio argelino. Fueron invadidos por Marruecos en su tierra natal (el Sahara Occidental) y llevan más de cuarenta años desplazados, esperando un referéndum que los devuelva a su tierra, cerca del mar, porque aunque parezca mentira, este pueblo antes era pescador.

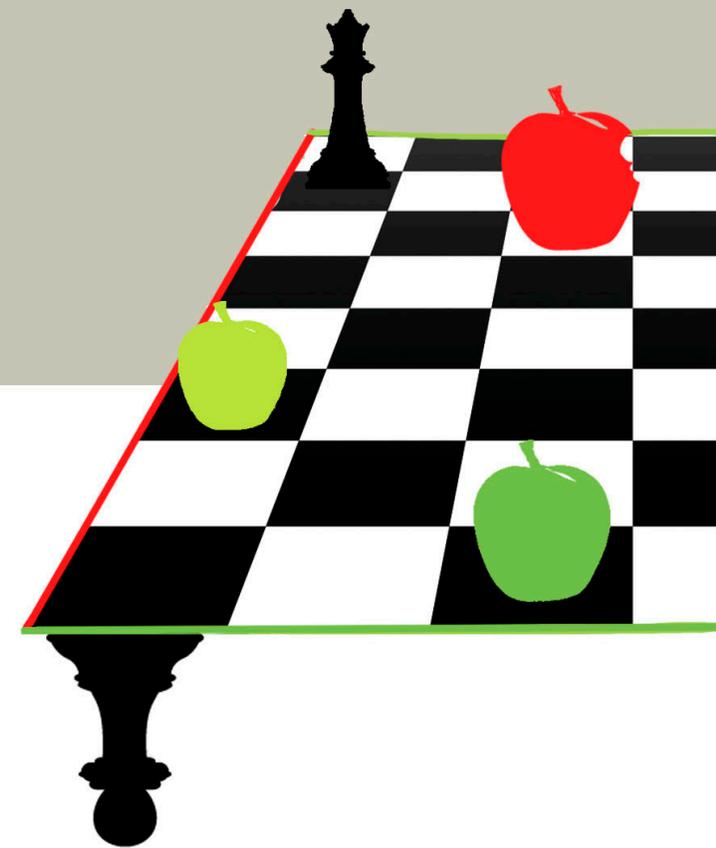
Esta experiencia fue única para mí, tanto, que ya he ido tres veces y seguiré yendo mientras pueda. La primera vez que fui iba con la mentalidad de ayudarlos en todo lo que pudiese; pero para mi sorpresa, fui yo la que más se llevó. Ellos fueron los que me ayudaron a mí.

Ellos fueron los que me dieron hasta lo que no tenían y los que siempre tenían trazada en su boca una amplia sonrisa que expresaba lo felices que eran con lo poco que tenían.

La sociedad está llena de personas que viendo no ven, que no ven o no quieren ver la realidad. Yo aprendí a valorar más todo lo que tengo, a no ser tan egoísta, a dar sin querer recibir nada a cambio, a vivir sin preocuparme de cosas realmente sin importancia, y a sonreír, a sonreírle a todo el mundo, a sonreírle a la vida, y a sonreír cada vez que me acuerdo de ellos.

En otra dirección

Andrea Morales Muñoz



Caminar por las calles de una ciudad cualquiera es un mundo aparte. Antiguamente se separaba a la gente en dos grandes grupos, también conocidos como los pobres y los ricos. Los primeros se caracterizaban por su color de piel, oscura por el trabajo en el campo y las largas horas expuestos al sol. Y los segundos por su piel blanca y sus venas visibles, de las cuales salió el tan conocido mito de que la realeza tenía la sangre azul, del color que toman las venas cuando son vistas a través de la piel. Era fácil diferenciarlos, un simple elemento los hacía al uno y al otro distintos en cuestión de una mirada rápida.

Hoy en día se diferencian con la misma rapidez, aunque con más variables en la ecuación. Gracias a la emigración de muchas personas de sus países de nacimiento en todo el mundo, hay una gran variedad de personas de todos los lugares del mundo y de todas las religiones. Si ves a una persona rubia y con los ojos azules directamente la catalogas como una persona nórdica o de la península escandinava. Si te cruzas con una persona con las facciones rasgadas la metes en el saco de los asiáticos. O si te encuentras con una oscura piel crees que es de algún país de África y la tachas de inferior o incluso de terrorista. Gran error. Puede ser que una persona tenga rasgos de una zona en concreto del mundo, aunque posiblemente tengan el mismo derecho que tú a vivir en el país, que al igual que tú hayan nacido en el mismo territorio.

Debemos aprender que en el día a día nos vamos a encontrar a cientos o miles de personas completamente diferentes la una de la otra y porque

no sean iguales a ti, no es que sean malas, que sean una amenaza o que no te puedas relacionar con ellas. Todo lo contrario, debemos relacionarnos con personas de todos los géneros, razas o países de origen. De esta forma se pueden compartir las diferentes culturas que nos han inculcado y se podrá aprender. Porque no solo se aprende en el colegio o dando clases. Durante nuestra vida vamos a estar aprendiendo constantemente y no podemos cerrar las puertas al terminar nuestros estudios, hay que tenerlas siempre abiertas.

Pero todo esto no lo aprendí yo sola, al igual que yo os lo estoy explicando a vosotros hubo un chico que me lo contó todo a mí primero. No estaba previsto en mi itinerario y creo que ni él mismo tenía idea de que aquello iba a pasar en aquel parque de la ciudad que habitábamos, pero sucedió y me cambió drásticamente la vida por completo. Se convirtió en el recuerdo más importante de mi vida sin esperarlo ni desearlo.

Como todas las mañanas del último día de la semana, salí a pasear con mi libro metido en el bolso por si surgía la oportunidad de seguir leyendo la maravillosa historia que estaba descubriendo a través de esas páginas. Anduve por el mismo camino de siempre, observándolo todo a mi paso, como si ya me lo supiese de memoria. A la altura de la fuente un grupo de ancianas compartiendo sus vivencias, siempre las mismas, dándole de comer a unas palomas moribundas. Junto a los toboganes, padres y madres divirtiéndose con sus hijos y pasando un día en familia. Y al final del camino una infinidad de bancos ocupados, a mi parecer, por las mismas personas siempre. Y me pregunté: ¿Por qué, habiendo tanta diversidad, siempre camino por el mismo sendero y miro los mismos árboles y personas? Así que decidí otorgarme un cambio de aires, y en vez de girar a la derecha giré a la izquierda. La adrenalina corría por mis venas, algo tan esotérico como cambiar mi rumbo me hacía sentirme una persona nueva, un alma flamante. Descubrí que allí en vez de haber mujeres ancianas estaban los hombres mayores jugando al ajedrez en mesas de piedra del parque. Y que no había toboganes para las familias y se divertían en el césped con discos voladores. Las vistas eran nuevas para mí, así que me decidí sentarme y contemplarlo todo. Como no había bancos desocupados tomé asiento en una de las mesas de ajedrez libres, esperando no molestar a nadie o no romper ninguna de las reglas no escritas de los parques. Saqué el libro de mi bolso y me dispuse a retomar mi lectura. Era asombroso cómo cambiaba la lectura al estar rodeado de unos sonidos distintos. Era como si hubiera cambiado de ciudad o entrado en un universo paralelo. Cerré los ojos, disfrutando del

momento, y al abrir los ojos, y antes de que me diera cuenta, un chico se había sentado en el asiento enfrente de mí y estaba colocando las piezas del ajedrez cada una en su correspondiente lugar.

- Perdona, yo realmente no estaba aquí sentada esperando un rival, es que no había más sitios libres. Lo siento mucho –intenté disculparme ante el joven.

- Pues siento decirte que ahora te vas a ver obligada a echar una partida contra mí. Si alguien está sentado en una de estas mesas es porque busca un contrincante –dijo el chico sin rendirse y terminando de colocar los peones en su sitio.

Lo miré durante unos segundos, esforzándome por intentar descifrar si hablaba completamente en serio o estaba presionándome un poco. Y lo supe al instante ya que una pequeña sonrisa ladeada al levantar la cabeza lo delató. No me hacía ningún mal jugar una inocente partida con aquel chico desconocido, pensé. Podía llegar a ser hasta entretenido.

Cerré el libro con mi marcapáginas, indicando el punto de mi lectura y lo guardé en el bolso.

Él me cedió las blancas, dejándome hacer el primer movimiento. Escrutó con la mirada el tablero y realizó su movimiento. Estuvimos así durante unos minutos, un par de turnos, hasta que se decidió hablar.

-Sabes, vengo todos los fines de semana aquí y nunca te había visto –comentó sin levantar la mirada del juego.

-Es normal, suelo estar por la otra parte del parque, por el camino de la derecha.

-¿Y qué te ha hecho cambiar de dirección?

- No lo sé, supongo que tenía ganas de conocer esta parte del parque. La variedad es buena, ¿no crees? –respondí sin saber que esa pregunta lo iba a llevar al tema de conversación que nos unió.

Se quedó en silencio durante unos segundos, que más bien parecieron minutos, mirándome fijamente a los ojos. Su mirada era penetrante, decidida. No sabía qué se estaba cocinando en su cabeza, pero estaba pensando en ello bastante.

-Creo muy firmemente que la variedad es buena, la diversidad en todos los aspectos de nuestra vida es beneficiosas para nosotros -dijo con el semblante serio y haciendo su próximo movimiento.

-¿Como qué aspectos? ¿El elegir si nos comemos una manzana verde o una roja? – pregunté medio en broma.

-Por ejemplo –respondió riéndose.

- No me gustan las manzanas –contesté, sabiendo que él tendría una respuesta para todo y que debatiría su anterior dicho.

-Pues esa es otra opción distinta, no comerlas. Ya tienes ahí la diversidad. Unas personas se comen las rojas, otras las verdes y otras no se comen ningunas.

Su comentario había sido bastante ingenioso, para ser sinceros. Moví el caballo en un movimiento que no sabía si me beneficiaba o no, ya que realmente solo sabía las normas básicas de este juego y no había jugado muchas veces, y lo volví a mirar. Algo en él me hacía no poder quitar la mirada de su ser.

-Ponme más ejemplos por favor, quiero saber más sobre lo que piensas.

-La religión, la raza, el color del pelo, de los ojos, la altura, la anchura. Todas estas cosas. Creo que si no hubiera gente distinta este mundo sería aburrido. ¿Te imaginas que todos fuésemos castaños con los ojos marrones y que midiéramos lo mismo? Acabaríamos hartándonos los unos de los otros. Por eso creo que ser distinto de nacimiento es una bendición. Tener los ojos de un color especial o el pelo de un tono exclusivo. Medir dos metros o tener la piel oscura. Que tú cara esté repleta de pecas o tener las manos más o menos pequeñas o grandes. Puede que parezca una tontería, pero para mí es muy importante.

-Es cierto, si todos fuéramos iguales acabaríamos agotados mentalmente, sería mucha presión el destacar o el pasar desapercibido.

-Por esa misma razón no puedo entender a las personas que discriminan a otras por ser distintas. Son más especiales que los agresores, y sin embargo estos se creen superiores. Es inmundo. Mira a tu alrededor y piensa. ¿Sería lo mismo si no hubiera personas distintas?

Recapacité durante largos minutos en silencio, mientras acabábamos la partida de ajedrez. Estuve mirando a las cercanías, escrutando hasta el más mínimo detalle, encontrando todas las diferencias entre las personas, como si de un pasatiempo de una revista cualquiera se tratase.

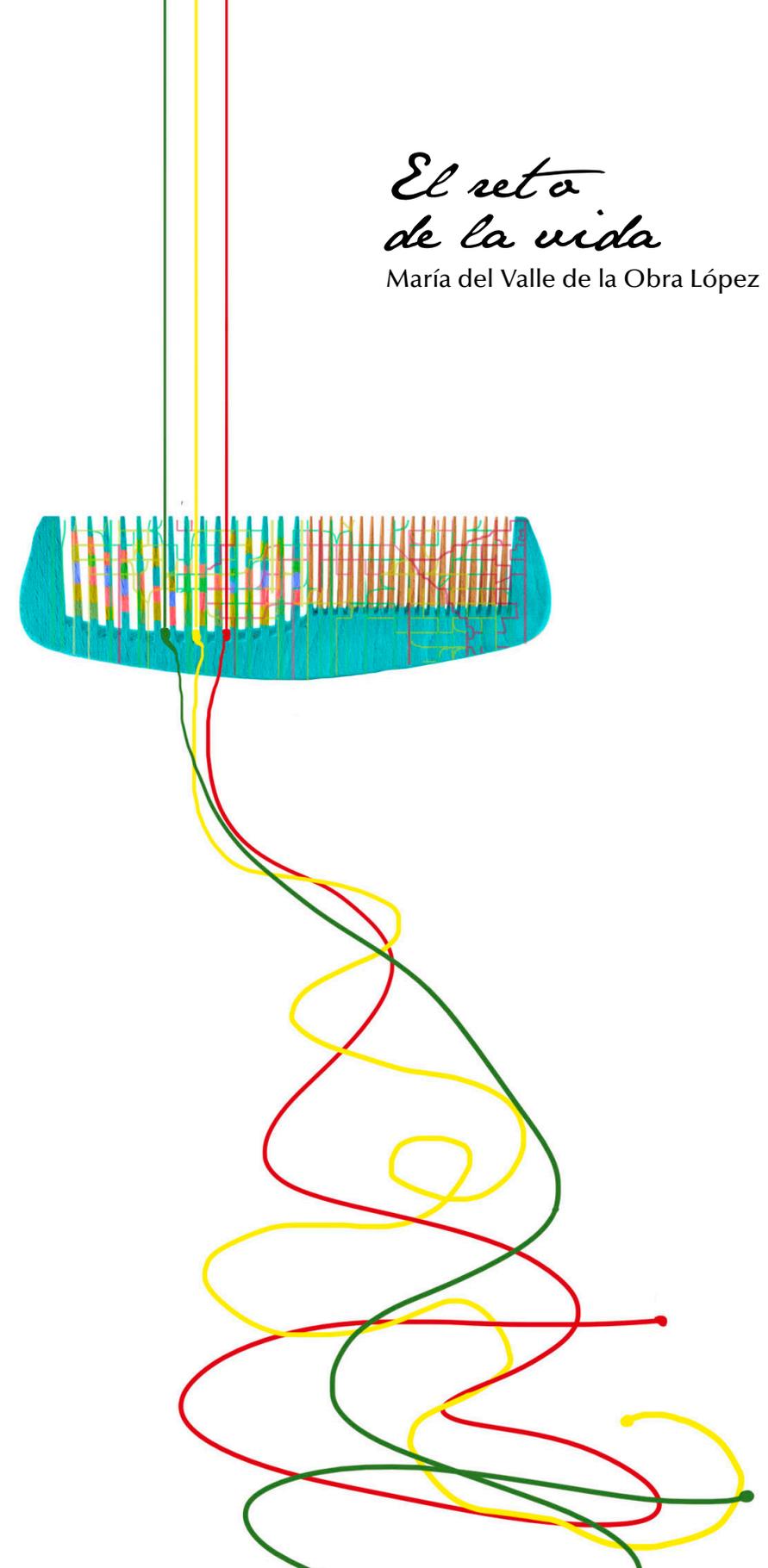
Desde ese día veo el mundo diferente, lleno de alegría y peculiaridades, gracias a una persona desconocida de la cual nunca supe el nombre ni quien era exactamente. Regresé domingo tras domingo en su búsqueda, queriendo compartir decenas de diversidades que habían encontrado en mí día a día con él. Pero nunca sucedió lo deseado. Aquel chico no

volvió nunca por ese parque y nunca más lo volví a ver. Insistí durante años, pero fue en vano. Él y su mente progresista nunca volvieron. Y nunca pude agradecerle el gran cambio de visión que me proporcionó.

¡Ah! Y por si os interesa, gané la partida de ajedrez.

*El reto
de la vida*

María del Valle de la Obra López



Soy alumna de primer curso de Enseñanza Secundaria Obligatoria en un Instituto andaluz de la provincia de Almería. A través del profesor de Lengua me ha sido trasladado el reto de redactar, o al menos intentarlo, un cuento que verse sobre la confianza. No sé muy bien cómo, pero he aceptado y aquí me veo envuelta en una maraña de ideas sin tener muy claro por cual optar, pero quizás, dado que he leído diversas veces que todos los libros tienen algo de autobiográfico, creo que me voy a lanzar a jugar a ser escritora y narraré mi propia experiencia con todo aquello que implica el vocablo “confianza”.

Aunque no lo recuerde realmente, sino que lo he revivido al ver películas grabadas por mis padres, creo que probablemente mi primera manifestación de confianza fue al dar los primeros pasos previos al aprendizaje que requiere conseguir andar. Visionando vídeos percibo con gran claridad que lo que me impulsó a dar mi primer paso, (captado por mi padre que no sale en la grabación pero sí lo hace su voz), fue precisamente la confianza que me transmitían tanto mi padre como mi madre, iba a lograrlo, pero si no lo conseguía tampoco pasaba nada ya que ahí estaban preparados para cogerme los cálidos brazos de mi madre. Y alentada por ellos me lancé a coger el carrito de la muñeca, casi me caigo, pero conseguí agarrarme a él, y curiosamente, ese carrito, sin saber muy bien cómo, se convirtió en mi corre-pasillos sin que llegara nunca a utilizar el llamativo y ruidoso que me habían comprado. Fue la

confianza que me transmitió ese carrito, la que me hizo usarlo continuamente para agarrarme a él y no caerme.

Y debía ser mucha la confianza que me inspiraba porque apenas unos meses, después aparezco en los vídeos caseros paseando a mi hermano en él.

Es grande el poder de la confianza y muy importante para ir superando etapas en nuestro crecimiento como personas y en mi caso ha sido un pilar fundamental en mis escasos años de vida.

Desde que tengo uso de razón, recuerdo a mi madre repitiendo: confía, ten confianza, autoconfianza...y desde luego, considero que es fundamental.

Otro recuerdo materializado por una película casera es el meterme en la piscina sin flotador ni manguitos, contaba sólo un año y cómo no, ahí estaba en esta ocasión mi padre alentándome a mover manos y pies para que no me hundiera. He de decir que esto no siempre lo conseguía y aunque tragaba algo de agua, el abrazo que me daba mi padre, me llevaba a intentarlo de nuevo.

De estos recuerdos deduzco que para mí ha sido muy importante esa noción de la confianza transmitida por mis padres. Son ellos, los valores y principios que nos transmiten los que nos hacen formarnos como personas y de lo que ellos nos inculquen dependerá la fuerza con la que vayamos dando pasos en la vida, primero de su mano y poco a poco en solitario.

Y adelantándome en el tiempo llego a mi etapa escolar, en un momento determinado un poco dura de más, creo.

La primera ocasión en la que tuve que echar mano de la confianza fue al tener que subir al escenario a cantar Villancicos. No tengo mucha vena de artista y aunque me gustaba cantarlos con mis compañeros, la vergüenza que sentí al ver al frente a tantos adultos, fue indescriptible. Alentada por profesores y compañeros volví a subir en numerosas ocasiones, pero ya confiando en que si algo no salía bien, lo único que podía pasar era que arrancara una carcajada del público.

Esa autoconfianza fue la que me hizo aprender a leer y a escribir antes que mis compañeros, pero en lugar de que ello fuese para mí una ventaja, hoy soy consciente de que fue una de las causas de que surgiera una barrera infranqueable entre ellos y yo.

Si bien artísticamente soy mediocre y pésima en deportes, mi rendimiento académico sí ha sido bueno y aunque yo creía estar integrada y

contar con amigos, no sé bien cómo, de pronto fui consciente de que no era aceptada socialmente por mi entorno. Únicamente percibía rechazo por parte de mis compañeros y aunque lo he analizado mil veces, aún no consigo entenderlo. Lo cierto es que fui discriminada por no ser “hija del Pueblo” como dicen aquí, ya que no tengo ascendiente alguno en la localidad en la que vivo. Soy hija de funcionarios que prestan servicios en la comarca. Desde mi punto de vista, trabajadores como los demás, sólo que como bien dicen ellos, optaron por estudiar dado que carecen de aptitudes artísticas, de empresas o tierras familiares...y sus familias los orientaron en ese camino.

Sé que es ilógico, pero dado que la crisis azota a muchas familias el hecho de que tus padres trabajen y que no sean oriundos del que considero mi pueblo, provoca cierto resquemor, parece como que les están quitando algo suyo. Tener esta familia, el hecho de destacar académicamente, y otra serie de circunstancias complicaron bastante mi vida. Me vi, sumergida en la soledad, el colegio se convirtió en un lugar inhóspito al que me atemorizaba ir. Mi vida carecía de sentido, si no tienes con quien jugar, hablar, reír o llorar, ¿qué sentido tiene seguir aquí?

Quizás porque los adultos tienden a intentar quitar importancia a las cosas, cada vez que tenía un incidente y protestaba la respuesta era “Son cosas de niños”. ¡Pero cuánta crueldad puede tener un niño! A mí alrededor se creó un vacío y tuve que padecer lo que para mí es en cierta medida acoso escolar. Estas vivencias, en las que no voy a entrar, hicieron que perdiera mi confianza en prácticamente todo, y pensé en poner un punto y final. Es muy difícil asistir a una clase en la que nadie te dirige la palabra, salvo para insultarte. Pero, al final, supongo que por mi madre, me encerré en mis libros y en mis estudios y no tenía otro objetivo que el de estudiar, aunque esto también me ha ocasionado problemas ya que estoy permanentemente en observación, a mí no se me toleraba cometer un fallo.

Es complicado explicar cómo se puede llegar a perder la confianza en todas sus manifestaciones, ya que aunque algunas “amigas” decían que era cierto e injusto que estaba sufriendo rechazo, con insultos, amenazas... A la hora de la verdad nadie quería dar la cara porque no querían problemas. Así pasaron días de amargura y tristeza, en los que la única ilusión era que llegaran las vacaciones para irme con mi familia, para huir de este lugar donde nadie quería mi presencia. Deseaba que el tiempo corriera para poder irme a estudiar a la universidad, para enterrar para siempre en el olvido este lugar.

Sinceramente se pierde la ilusión por intentar entablar relación con posibles nuevos amigos, sólo quieres vivir entre los personajes de los libros que lees y haces tuyas sus aventuras. Si bien creo que mi estado anímico era lamentable, no fui capaz de encontrar un hombro en el que llorar ni un abrazo que me consolara fuera de mi entorno familiar.

Y cuando ya había asumido y aceptado que mi vida iba a ser un poco solitaria y que nunca volvería a tener confianza en otra cosa que no fuese ser capaz de sacar un sobresaliente, algo ocurrió en mi vida que me hizo verla de manera diferente.

Fue una navidad cuando mi madre nos comunicó que padecía cáncer. Ese momento será sin duda el más horrible de mi vida, mi abuela estaba también luchando contra esa asquerosa enfermedad y mi abuelo con una delicada salud había sufrido un infarto, tras haber superado también un cáncer.

Esos segundos en los que tuve que asimilar lo que mi madre nos comunicaba, con su sonrisa en la cara como siempre, y quitando importancia, jamás se me olvidarán. Fueron muchas cosas las que pasaron por mi cabeza en ese instante, recuerdos imborrables que siempre me acompañaran.

El hecho de que mi madre estuviera enferma no hizo que se manifestara el respeto de mis compañeros hacia la vida o la agonía ajena. Es más, además de todo lo acaecido en el pasado y que no voy a narrar, tuve que sentirme objeto de todas las miradas, aguantar murmullos al pasar y limpiarle las lágrimas a mi hermano porque algún sin cerebro le había dicho que mi madre se moría, tuve que vivir la enfermedad de mi madre en soledad, sin apoyo de los de mi edad, recibía cariño de adultos pero yo el que necesitaba era el de mis compañeros. Pues bien, todo esto aunque parezca mentira propició que recobrarla la confianza, ya no en las personas por desgracia, pero sí en la vida, en la ciencia, en la medicina y en la familia. Aprendí a vivir de manera diferente, a disfrutar cada segundo de mi vida y de la de los míos, a valorar lo positivo y a huir de la negatividad.

Fue un largo y duro período, pero en lugar de hundirme, aunque ni un solo segundo dejé de sentir miedo por si perdía a mi madre, el hecho de verla luchar, aferrarse a la vida y sacar una fortaleza que yo desconocía, hizo que algún resorte oculto en mí se accionara. Ya sabía lo que era la discriminación y el rechazo social, la no integración, pero también había aprendido que lo más bonito que tenemos es la vida, y que hay

que vivirla de la mejor manera posible. Pero no fue fácil, a lo largo de la enfermedad mi madre sufrió cambios físicos importantes, pero como para ella fue una transición natural, así la vivimos nosotros, su familia, también. Recuerdo que yo me enojaba cuando mi madre salía a la calle con pañuelo en lugar de peluca porque la gente la miraba, y no siempre bien. Sentía ganas de insultar, de chillar, de gritar que no la mirasen, que no era ni un bicho raro ni una apestada. Pero como he aprendido de ella, de todo lo negativo sale siempre algo positivo. Decidí acompañarla a las sesiones de radioterapia porque era la única manera de creer que de verdad todo iba bien.

Y fue en esas sesiones, cuando la esperaba en la sala con los demás pacientes y sus familiares cuando terminé de entender lo importante que es la confianza para las personas. Uno se imagina que va a coincidir con gente llorosa, triste, asustada...y sin embargo, aunque ves de todo, desde niños llenos de agujas, tubos..., adultos más deteriorados unos que otros, personal médico que no transmite nada, ... tengo un grato recuerdo de aquellos días.

Es digno de admiración ver a la gente crecerse ante la adversidad. Allí todos eran iguales, todos calvos, sin cejas ni pestañas, con un futuro incierto, cada uno con sus dolencias, sus miedos y sus temores.

Allí no hay rechazo ni discriminación, no existe la frontera de la raza, nacionalidad o color de la piel, sino todo lo contrario, predomina la ilusión, la fe, se teje con hilos irrompibles un vínculo basado en la confianza, hablan con libertad de su mal, de sus síntomas, en definitiva de su enfermedad. Se transmite ánimo, bromean con todo y reina un ambiente de alegría, de amistad, de fe en el de al lado, que difícilmente se puede entender si no se participa de él.

Al principio era una mera observadora, y si bien como he manifestado antes, no quería que mi madre saliese con pañuelo, fui yo, la que alentada por ese entorno cordial le quité el pañuelo cuando una incipiente pelusilla aparecía en su cabeza. Lo hice impulsada por mis nuevos amigos, por sus risas, por sus ganas de vivir. Aprendí a no prestar atención a las miradas, es más, cuando vislumbraba que alguien iba a girarse a mirar, erguía mi cabeza y caminaba orgullosa al lado de mi madre. Gané confianza en mí, en la gente, ya no importaba que miraran. Lo único importante era que mi madre vivía y yo estaba a su lado para apoyarla y disfrutar de ella.

Mis problemas, los que me habían quitado las ganas de vivir, ahora habían quedado reducidos a cenizas y fui consciente de que hay gente

que disfruta creando problemas, pero también de que verdaderos extraños en sólo unos minutos se convierten en piezas fundamentales en tu vida. Nunca creí que de la enfermedad naciera esa confianza, sabes que no te van a fallar, que siempre tendrás su mano para asirla y apretarla cuando tengas miedo, que siempre tendrás una palabra de aliento y que nunca serás juzgada por tu apariencia o por ser como eres, sólo serás impulsada a disfrutar de la vida. Con una simple mirada te transmiten mucho más que miles de falsos abrazos.

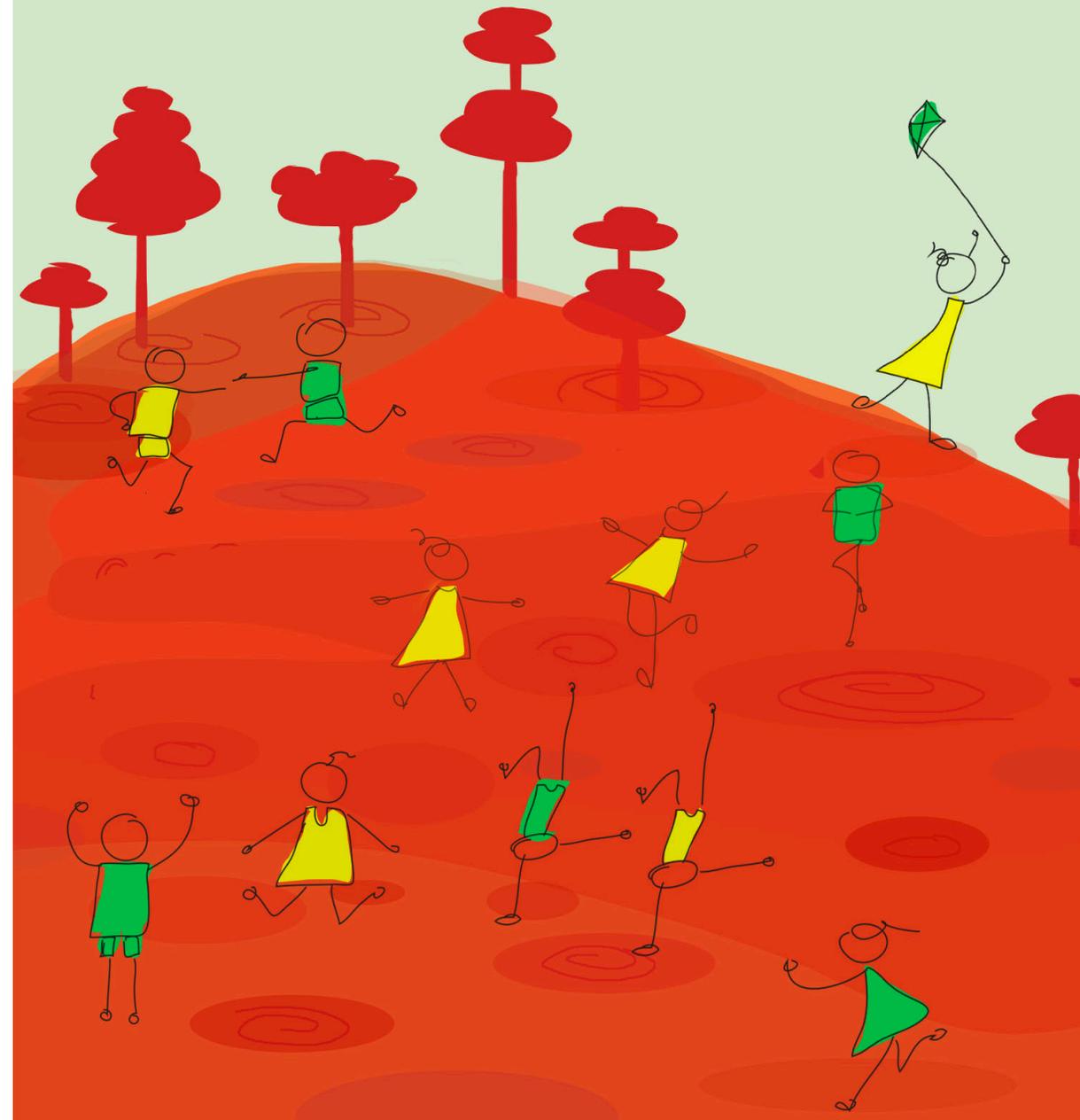
Así que respecto a la confianza he de decir que en los hogares, en la familia, se debe reforzar la importancia de la misma para crecer como personas, para solventar conflictos, para lograr sueños y alcanzar metas, para conseguir que nadie se sienta desplazado o discriminado, para ser tolerantes con nosotros y con quienes nos rodean, para aceptar la diversidad y la pluralidad, para enfrentarse a la enfermedad, para comprender al de al lado, para no erigirnos en jueces de la vida de los demás, para ser tolerantes y poder disfrutar todos de lo más bonito que tenemos, la vida.

Y para concluir, soy española, hija de inmigrantes, y ello ha influido en que tanga que haber padecido la intolerancia, la agresividad, el rechazo social, el sufrimiento...

Pero como la vida es bonita y merece la pena vivirla, confío en poder vivir un futuro mejor, en una sociedad madura, en encontrar amigos de verdad, un hombro en el que llorar, en el que ahogar mis penas sin ser traicionada, compartir risas, fiestas y celebrar que se nos haya dado el don de la vida y, por supuesto, confío en que llegará ese día en el que seré considerada una española más. Vivo intensamente cada día como si fuese el último, me quedo sólo con lo bueno y sé que algún día todo cambiará y nadie tendrá que sentirse excluido por ser diferente, porque precisamente el ser diferentes es lo que nos hace únicos e irremplazables.

Mi mundo de colores

Elena Juarez García



Esta es la historia de Pablo, un niño rojo que nació en un pueblo rojo, de padres de color rojo. De pequeño, leía cuentos rojos que le enseñó a leer una maestra roja en una escuela roja. Jugaba al escondite con niños rojos en el campo rojo al lado de su casa roja.

Un día, del cielo, que no era rojo, cayeron gotas de agua que no tenían color. Todos en el pueblo rojo corrieron a esconderse a sus casas rojas, pero Pablo estaba perdido y no sabía volver a su casa. Y allí se quedó, empapándose, en medio de la calle roja, llorando lágrimas rojas. Se quedó dormido del cansancio. Lo despertó el ruido de voces, al abrir los ojos vio a un grupo de gente roja que lo miraba con asombro. De sus bocas rojas solamente se escuchaba la palabra AZUL.

Fue entonces cuando Pablo miró sus manos, ¡ya no eran rojas!, la lluvia las

había convertido en azules.

Asustado, observó cómo su padre se acercaba, corrió hacia él y lo abrazó.

- Papá, ¿Por qué soy azul?, ayer era rojo como los demás. ¿Qué ha pasado con mi color?

- Pablo, es que nunca has sido rojo. Al nacer, tu madre y yo nos asustamos porque no eras rojo. Te pintamos para que nadie se diera cuenta y pudieras seguir con nosotros. Y ahora la lluvia ha hecho desaparecer tu pintura y te ha devuelto tu verdadero color.

De pronto, su padre le gritó:

- ¡Sal corriendo, Pablo! ¡Vete antes de que te hagan prisionero y te metan en la cárcel con los demás colores! Busca el pueblo de tu color.

Y Pablo, aterrorizado, echó a correr por las calles rojas y atravesó la puerta roja que había en las murallas rojas de la ciudad. Corrió hasta tropezarse con una nueva muralla, que era de color verde. En la puerta un guardián verde le dijo:

- Este no es tu pueblo, aquí no queremos gente de tu color. Sois holgazanes. Vete o tendré que avisar a la policía.

Pablo, entristecido, comenzó a rodear la muralla verde porque sus padres le habían prohibido atravesar el bosque. Al cabo de un rato, vio una ventana en la muralla, se asomó por ella y pudo ver varias habitaciones.

Una de ellas estaba llena de gente de color amarillo, otra con gente marrón, otra con gente roja... Entre los de color rojo, pudo reconocer a gente de su pueblo que los habían dado por desaparecidos.

Fue entonces cuando Pablo comprendió que aquello era la cárcel. Ese era el destino que le esperaba si no encontraba pronto el pueblo Azul.

Echó a correr y pasó por murallas amarillas, naranjas, grises... sin pararse en ninguna de ellas. Estaba cansado, empezaba a perder la esperanza de encontrar algún día ese mundo azul, donde nadie le mirara raro.

Pablo se sentó en el camino y empezó a llorar. ¿Dónde está el mundo azul? - pensaba-, ¿Cómo podré encontrarlo? En ese momento alguien le tocó en el hombro, al levantar la vista vio a una niña que le sonreía. Era una niña verde.

- Me llamo María, ven conmigo.

- No, - contestó Pablo- No me querrán de donde tú vienes. Soy azul. Ella se agachó y con un guiño le dijo:

- De donde yo vengo no hay un solo color.

María se encaminaba hacia el bosque. Pablo recordó que sus padres se lo tenían prohibido, pero tras meditarlo un momento pensó que ya no tenía importancia. Estaba solo en un mundo donde no había nadie de color azul como él, y la siguió, aunque un poco asustado.

Pasó mucho tiempo y acabaron llegando a un claro del bosque donde vio un pueblo en el que no había murallas. Pablo se secó las lágrimas y se fijó en unos niños amarillos jugando con niños verdes en un jardín rojo. A cualquier sitio donde miraba veía miles de colores. Un hombre naranja le acarició la cabeza al pasar a su lado, la gente lo miraba y le sonreía. "¿Eres nuevo?" preguntaban, "Bienvenido", le decían. Pablo no podía creerlo y buscó a María. Se sentaron en un banco y la niña comenzó a hablar.

- Hace mucho tiempo que existían los colores y un buen día nació un niño, que no tenía color. Sus padres, que querían que fuese especial, lo pintaron de rojo y lo mostraron a todo el mundo, orgullosos. La gente estaba encantada con el nacimiento de un color diferente. Ese niño creció y pintó a sus hijos de color marrón, y así, poco a poco, fueron surgiendo los colores.

Pero pronto empezaron los problemas. Después de tanto tiempo, la pintura había tintado ya la piel, no se podía sacar con agua. Acabaron separándose: los amarillos iban con los amarillos, los naranjas con los naranjas. Los padres verdes decían "no os fiéis de los niños que no son verdes", "no juguéis con ellos" "no son como vosotros"... Así acabaron separándose cada uno en pueblos en los que sólo se permitían entrar a la gente del mismo color.

Levantaron muros pintados para que los demás colores supieran que no eran bienvenidos. Pasado mucho tiempo, un joven verde salió de su pueblo verde para coger manzanas rojas en el campo, pero cuando volvió al pueblo cayó en un agujero del que no podía salir solo.

Por casualidad pasó por allí una muchacha azul, que se había arriesgado a salir de su pueblo azul para coger flores amarillas. Al oírle pedir socorro, se acercó y le ayudó a salir. Él, en agradecimiento, le regaló una manzana roja que la muchacha mordió con su boca azul. Ella le puso una flor amarilla en su camisa verde.

Siguieron viéndose a escondidas y un día decidieron huir al bosque y construyeron una casa con tejado amarillo, paredes azules y puertas blancas, plantaron margaritas amarillas, violetas y claveles rojos.

Y de esa forma nació un nuevo pueblo con miles de colores. En los demás pueblos de un solo color se hablaba de la leyenda de un pueblo donde el color no importaba, donde no había colores buenos ni malos, sino simplemente distintos y convivían felices todos juntos.

Algunos quisieron buscar ese pueblo de la leyenda. Muchos solamente llegaron a otros pueblos de un solo color y fueron a la cárcel, pero otros sí que llegaron a encontrarlo y se quedaron. Igual que tú lo has encontrado hoy.

- "Es Este, El Pueblo de los mil colores", dijo María.

El niño la miraba con asombro, lo que María decía tenía sentido, pero siempre había oído que los rojos eran los mejores, los más buenos.

- ¿No me crees?, dime una cosa, cuando sueñas y cierras los ojos, ¿Qué colores ves?

Pablo bajó la mirada. Se sentía avergonzado, porque siempre había soñado con todos muchos colores, aunque nunca lo había admitido para no parecer raro, siempre decía que soñaba con el rojo.

- No hace falta que contestes - dijo María- Todos soñamos en color, pero nadie se atreve a confesarlo, hasta que no llegan a este pueblo.

Pablo la miró con cara de asombro.

- A ver, ahora cierra los ojos, y cómete este pedazo de pan rojo.

Pablo metió el pedazo de pan en su boca y lo saboreó. Estaba delicioso.

- Ahora ponte esta camisa de color roja.

La camisa era suave, el tacto de la tela era como el algodón.

- Huele esta rosa roja.

Le llegó el perfume más maravilloso que nunca había olido.

- Por último, escucha el sonido de esta flauta roja.

Aquella música le encantó. "Decididamente las cosas mejores son las rojas", pensó.

- Ahora, abre los ojos Pablo.

Entonces Pablo contempló en silencio, que en una de sus manos tenía una

rosa amarilla, en la otra un trozo de pan marrón, llevaba puesta una camisa naranja y la flauta era de color verde.

María entonces le dijo a Pablo:

- Aquí serás feliz. Tu color no importa, solo tienes que pensar una cosa. Todas las flores tienen su olor particular, cada instrumento tiene su música, cada alimento tiene su sabor, la ropa tiene su tacto. Todos somos iguales, solamente nuestro tinte es diferente.

Pablo sonrió, y miró a los niños de colores que jugaban junto a la fuente amarilla con agua azul. María con un gesto le indicó que fuera a jugar con ellos.

Y el niño azul con la camisa naranja y la nariz pintada de polen amarillo fue corriendo a jugar con la niña celeste y el niño morado que jugaba con la pelota roja sobre el césped verde. Y al rato se unieron a ellos la niña marrón con lazos azules y el niño violeta con zapatos blancos.

Al cabo de un rato, María se levantó, a buscar a esas personas que todavía estaban perdidas en mundos tan pobres, tan pobres, tan pobres, que de tan pobres que son, ¡sólo tienen un color!



*Serena
y sosegada
confianza*

José Luis Bragado García



El lugar está ya acostumbrado. El paisaje está habituado a la mueca agónica de este pueblo abandonado, al rictus disimulado de sus ruinas, a la crispación de sus casas medio derruidas, al sufrimiento de sus muros enfermos, a la resignación de esos interiores que, avergonzados, nos muestran su intimidad saqueada, sus recuerdos desollados, el aturdimiento de sus secretos pregonados, de sus meditaciones sorprendidas.

En medio de estas ruinas, obstinado en vivir, irrumpes como cascada impetuosa de las entrañas de tu madre. Atraviesas –entre lloros- la divisoria entre lo vivo o lo muerto. Es el primer día de tu sentir, de tu padecer, de tu vida. Entre adobes desolados, en un árido atardecer, naces en la cuna de la humanidad y no tienes ni cuna. Con las manos extendidas a la vida; y la avidez de unos ojos suplicantes intentas mamar de las resacas tetas de tu madre. Mientras, anochece en ese naufragio eterno que es África.

Durante los años de tu niñez la miseria te hizo hombre de cavilación y de dura renuncia, no viste como saqueaban tu infancia, con que torpe desinterés la despreciaban en lo que tiene de más vivo: su calidad de instinto libre, su inocencia. Crecías envuelto en la voraz enredadera de un hambre estéril y soportabas junto a tu padre el duro trabajo del campo que exigía jornadas de mucho esfuerzo en las áridas tierras. Ese padre, que era para ti una oleada de gozo, y cuya presencia te llenaba de una divina mezcla de seguridad y de pasión, de amor y de sobresalto y, que cuando enfermó, te hacía temer más por su vida que por la tuya.

En aquel largo, penoso y lentísimo ciclo de tu vida ¡cuánto de ti dejé de ser! Te viste atrapado por sucesivas penalidades y a través de un sordo

renunciar no pudiste ni ir a la escuela. Adversidades como aquel día triste y horrendo en que estalló la guerra civil. Fue un castigo infame que te desamparó. Arriba, el reloj de la vida marcaba aun la hora de tu niñez. Con aquella desmesura de terror, de muerte y de miedo, que es como el niño va mirándolo todo; escuchaste aquel sonido metálico que nunca pudiste describir, pero que siempre resonó en tus oídos y en el fondo de la memoria producido por aquella granada guerrillera que segó la vida de tu padre; y que a ti te llenó la vida de un hondo vacío. La guerra y la miseria son la acechanza. Muy pronto sentiste ese brutal y escandaloso desacuerdo entre la muerte y la vida, y –con angustia, con rencor- su cruel alianza. Cómo te explicaban la vida desde la muerte. Cómo te arrojaban a la cara, sin pudor, pedazos de esa espantosa atrocidad.

Tu único hermano es capturado mientras huíais en compañía de vuestra madre -uno más entre los miles de niños secuestrados-. Borraron de su memoria todo recuerdo familiar mientras alimentaban su triste soledad con heroína –miel blanca en cuerpos de ébano y fuego- para utilizarle luego como marioneta letal; utilizada y movida por manos invisibles que esconden su color.

En plena ocupación de la realidad, pero impotente, descubres como la muchedumbre, inocente y párvula, infectada de SIDA, prosigue su vertiginosa caída hacia la muerte. Ese virus que un día con violencia encrepada abrazó a tu madre. Nunca más olvidarás esa infamia, pero cuánto te ha costado enterrarla, y deducir y descifrar el verdadero sentido que tiene la palabra vida en África; inscrita en el mismo corazón de la muerte.

Al pie de la sepultura, mientras sellan con tierra los restos de tu madre, a través de las lágrimas vislumbra un grupo de aves migratorias y piensas que contra toda la suma de carencias se impone el buscar un nuevo horizonte; es preciso salir de allí. Y aunque muy joven te preguntas ¿Quién soy yo? Y la propia pregunta se te hace misterio, rebotada desde una respuesta que no existe. Lo que te identifica ante los demás es lo que casi no te concierne, pertenece a otros, a códigos impersonales que te identifican como manada. ¡Qué lejos tú de ti mismo! Tu identidad florece y se marchita como rosa de espuma. Pero te embarga un optimismo en hallar un mundo mejor. Tu tarea es transformar el hado adverso en libertad. No asumir el trágico destino de tu pueblo. No acatar. Es preciso salir de allí, remontar el río de la vida hasta su manantial más puro. Quieres darle un sentido y llenar de sentimientos a tu vida. La vida en su misterio para ti todavía abierto. La vida como enigma en su totalidad, con su terror y con su éxtasis; con sus trampas, decepciones, sueños,

alegorías, crueldades, desinencias, gritos, silencios, espejismos y muertes.

En tu interior hierve una creciente necesidad e incitación a ser, a afirmarte como persona única, y de pronto, cae sobre ti, como cascada impetuosa, el oprobio de la claudicación, el ímpetu estrellándose contra un muro, el riesgo de elegir solo a medias y el desaliento de que esa elección sea equivocada. ¿Por qué naciste? ¿Por qué allí? ¿Por qué pobre? Como si la pobreza –marca de tu sangre- ya no fuera visible; sabiendo tú que sí, que está dentro de ti y te constituye.

Y ya en tu adolescencia, miras atrás, no con ira, sino con ironía y, abrumado por un desencanto que analizas y no se oculta a tus ojos. Aprendiste a escuchar desde los ribetes de la infancia, que existían otros mundos además de este mundo que pretendían mostrarte como único. Ahora es el momento y es preciso liberarse y decidir; incluso si esa decisión es suicida, y tu resolución tiene un nombre, España. Sabes que es difícil, pero tienes hambre y sed de existir, y lo haces y harás en cualquier rincón como las telas de araña.

A veces, en la espera lentísima del sueño, remontas hacia atrás hasta donde puedes y hay una zona de vértigo que te lanza trallazos de vida, pero enseguida la realidad te embarga en un naufragio antiquísimo que no tiene ningún porvenir. Y de nuevo las preguntas, siempre las preguntas; porque eres hombre de cavilación. ¿Dónde estás? ¿En qué espacio del mundo entre fuegos cruzados donde el hombre mata al hombre mientras mira indiferente sus cadáveres? Perdido. Perdido. A la vez que tú ¿A quién llamabas hermano? –A desconocidos que provocaban en ti esa impetuosa familiaridad- y a los que durante el recorrido por el camino hacia el mar, y a pesar de ser personas dispares, tal vez enemigas, dejando a un lado tu instinto de conservación desplegabas el otro, ese por el que se van perfilando amores y amigos para ayudarles altruistamente, con un optimismo sin fronteras. Vas de trabajo en trabajo como en una frenética danza de disfraces. Ahora eres albañil, luego mecánico, conductor... El trabajo para ahorrar lo necesario y poder embarcar, te hacía exhibir mil máscaras dándole a la realidad categoría de tragedia, pero tu inagotable optimismo lo transformaba en comedia. Trabajas y caminas; caminas y trabajas; siempre confiando en un futuro mejor, avanzando hacia el lugar de embarque.

Oyes cantar a los pájaros al pie de los caminos erosionados por las desérticas torrenteras; junto a los pedregales abrasados por el sol; en las encrucijadas que olfatean los coyotes; bajo las cabañas donde acechan los hechiceros; en las trochas ahogadas por las chumberas por donde

vienen las ánimas quejándose entre dos luces... Y en todo ello ves a Dios. El día es Dios, el Dios que te enseñó a amar a tu padre; sí, tu padre, ese que te enseñó a comprender que el mundo es la enorme caracola susurrante de la creación, en la que se oye a Dios. Pero... ¿Quién vuelve de pronto la página y la mancha otra vez de oscuridad? A vueltas con los dioses oscuros, otra vez la pagana barbarie, la duda cegadora que te hace caer en la tentación de cerrarte en tu sueño y de vivir sin Dios, o de hacerlo tan íntimo que sea respiración del alma. Un Dios infinito, porque infinito es tu deseo, infinita tu angustia y tu necesidad, aunque infinita es tu perseverancia.

Aquella mañana de primavera, en la ciudad de la costa se reveló con dulzura una visión consoladora; ¡el mar! Tú, que eres puro tabón, sabana pura, ébano y polvo. Contemplaste absorto por primera vez la inmensidad de aquellas aguas. En ellas se sumergió el sol y emergió la luna. A la luz de la luna, cuando el sol acaba de declinar, el mar, para quien lo siente extraño en su sangre y lo tiene que cruzar, es un muro que llega hasta el cielo, y no se sabe si está hecho de cielo, de mar, o de ambos.

En la mirada, al contemplar el oleaje y la enormidad del mar; sientes la necesidad de apoyarte en esa certidumbre heladora para dar el gran salto y abrazarte a la vida, o para rebajar a la muerte a su tamaño verdadero: el instante despersonalizado en el que dejas de ser o en el que cobras aliento para darle a la vida una dimensión absoluta, luminosa o sombría.

Y un día, después de tantísimo sacrificio llega la hora de zarpar, y la alegría y el temor te anegan la capacidad de los sentidos. Embarcas y sientes como todo tu cuerpo se va transfigurando en melodía. No sabes por qué, ni de dónde brota, ni cuánto durará, porque el tiempo, que todo lo devora, yace como suspenso, prendido él mismo por la soberanía del momento de partir, pero sabes que es cierto. Y no son puros instantes ensimismados. Es también la belleza de un rostro de mujer que está embarcada a tu lado –sin sombra de deseo- la que acrecienta la dicha y hace que en el plenilunio, estos instantes sean mágicos para ti. El azar es irónico, viene como una decepción desanimando, y de pronto nos besa en la mejilla misma dándonos la vida. Allí estaba ella. Con deferente pulcritud, la cara pálida –quizás efecto de la luna- una sonrisa tímida de pura bondad, ofreciéndose solícita en tu ayuda con la exquisita cortesía de los humildes.

Abstraído, mirabas al enmarañado mar, yéndote casi, esperando que sonara el motor de la barca, decidido ya sin remisión a escapar de África sin equipaje, renunciando con hosco desaliento a todo menos

a la vida. Pero ahora –en este instante- donde se decidía la suerte o la ruina era sobre la embarcación; y te llegaba la voz dulce, tranquila, de la muchacha de hermosos ojos con una pregunta cariñosa –“¿Te encuentras bien?”-. Estaba llena de anónimo cariño, transida de un hondo respeto que no era mecánico ni servil; y a pesar de empezar a estar mareado por el oleaje, sentías una animación misteriosa y creciente que no podía venir del engaño carnal, ni de las sensaciones exteriores, ni de ningún inesperado reconocimiento; una alegría sin causa, algo tan hondo que era irreconocible, con tan pleno poder que parecía arrancarte como de cuajo los cimientos del alma y tan suave a la vez como si te rozara una brisa interior. Tanto puede lo humano cuando se comunica sin recelo, con entera y desnuda sencillez. –¡Tanto puede el misterio del amor!-.

Un tropel de hormigas ha penetrado en tu estómago y un enjambre de abejas bulle dentro de tu cabeza, están alteradas como el oleaje que te rodea en medio de un estruendo de agua fría, amenazadora. Y ves –con asombro- como la luna y las inaccesibles estrellas bailan sobre ti y sobre las insondables aguas del mar.

Según se ahonda el abismo bajo tus pies, navegas preso del mareo pero abierto a la vida. La muchacha con sus bellos ojos negros es como un faro de esperanza a pesar de que el viento y el mar te ciegan. Entre remolinos blancos, la ira visual de la espuma choca contra las tablas renegridas de la barca arrancándola quejidos y voces lastimeras en medio de la noche. Y mientras, tu pecho estallando de amor y de dolor.

El amor es neutro en su indecisión, pero se carga de matices cuando toma cuerpo y se concreta. Las palabras entre la joven y tú, alumbran como las solemnes campanadas de los navíos en medio de la niebla; se abren paso por entre altísimas murallas de agua. Son palabras cálidas en medio de la fría tempestad. Lleváis una semana a la deriva, sin timón no hay rumbo que seguir. No se ve tierra. Agotados y sedientos os amontonáis en el fondo de la barca. Las plegarias de los pasajeros son susurros de esperanza; y de vez, en vez, una voz secciona la noche, o el día, para decir “no llegaremos nunca”. Llevas los mismos días perdido que enamorado. La belleza vernal de tu amor atraviesa el mar como la cabellera esplendorosa de un cometa que, sin embargo, lleva en su trayectoria fugacísima el signo doloroso de su caducidad.

A los diez días de deriva; tu cuerpo y el de la muchacha deberían haber sido prisioneros del miedo, pero vuestro amor había devuelto la confianza al pulso de los días y de las noches; juntos entablabais batalla contra el desánimo de hallar puerto donde arribar. Vuestros cuerpos

huelen a crepúsculos y auroras mientras os envuelve el añil olvidado de la noche. La oblicua soledad de los pasajeros llena de cuerpos tumbados, caídos, el fondo de la barca; se muestran ateridos, con tristes gestos y llenos de grietas por las ásperas flores de sus dudas. No pueden soportarlo, tal es la intensidad de este azul que de noche y de día les envuelve los sentidos. La piel va llenándose, al igual que los ojos, de quemaduras que socavan sus muros interiores a la vez que las olas van desgranando su energía y su voluntad.

Quince días a la deriva es mucho tiempo y sonríes misterioso, sabedor de secretos imposibles que tú solo serás capaz de desvelar cuando la noche caiga como un viento teñido en los añiles del mar.

En algún sitio alguien te dijo que el amor salva de la muerte. Sólo una vida tienes y es incierta y única. El miedo nos encoge para que, resistiendo, podamos bendecir la rutina de la vida y nos abracemos a ella como a la suma de una felicidad. Pero ahora has conseguido, has atrapado una larga oleada de amor y hay que luchar. Es inútil dolerse de un destino que tan cruelmente junta y arrebató, que con tanta frecuencia pone frente a la flor de la alegría la espina de la pena. Ahora la tempestad es intensa. La embarcación se balancea como su triunfo enajenado. El corazón te late acelerado. Juntas tu pecho al de la muchacha pujando con empuje de amor, y de pronto, la barca choca contra algo que va a la deriva; la patera cruje, grita en la oscuridad. Ves, como varios cuerpos caen al mar. Bocas abiertas mendigando aire. Ojos obsesivos tratando de aferrarse a la barca. Rostros de moribundos en un patio de agua. Nadie se mueve, les atenaza la hipotermia y el terror; y de vez en cuando, la barca dolida arroja algún cuerpo al mar. Crueldad entre iguales, selección natural que a los más fuertes los deja vivir, y a otros, tal vez más inteligentes, les arrebató el don de la vida. Si algo de la sustancia de las cosas pervive en los lugares que las hospedaron, si alguna ley desconocida canta la permanencia de las voces o el sustrato inmortal que subyace y resiste a las metamorfosis, aquella patera debe guardar aún la preciosa resonancia del amor que allí latió. Ningún tripulante sospecharía –en la inocente relación envidiada– el estallido de tu adoración ni los terrores de tus sobresaltos cuando pensabas “Todo pasa, pasará este momento y estos días, callaran las olas y tomaremos tierra. Brillarán los ojos de mi amada. Ya nunca más sufriré este misterio de ser o no ser hasta el agotamiento”.

Ella era sabedora de la cumbre de tu amor. Te prefería ante todos porque no veía en ti más que delicadeza, un sentido poético del ser, un sagrado respeto que no exige ni pesa, que no entranña corresponden-

cia, que incluso la rehuye. Diste todo a cambio de aquel arrobamiento de charla tranquila donde os fuisteis conociendo, mientras mirabais de frente a la vida y a la muerte con el peso de su azulada temporalidad. Aquella muchacha resumía el tiempo de búsqueda inconsciente. Era el centro fugaz que coronaba la intensa dispersión de tus sentidos y la desconsolada tela de tus sueños. Por eso la mirabas soñándola en abierta intimidad, con usura celosa, como si ante tus ojos estuviera cristalizando lo imposible, se estuviera concretando el amor. Sería maravilloso comenzar una nueva vida con ella...

Algunas personas cruzan el mundo guardándose la vida, dispuestas a regresar siempre con un montón de fotografías, algunos suvenires y una anécdota que contar; pero otros lo cruzan por necesidad, jugándose la vida, y llevando consigo la confianza de poder realizar en otro lugar los sueños que anhelaron durante años. Ninguna autoridad os vio desembarcar con la primera luz del otoño. Fue un alba sin pájaros, ibais llenos de miseria y envueltos en una serena y sosegada confianza.

Diez años más tarde, completamente situados en tierra adentro y, con dos hijos de la mano, contempláis de nuevo el mar en el mismo lugar de la costa en que llegasteis exhaustos, los recuerdos ahora extienden sus venas capilares sobre el tejido emocional del presente, regándolo con sensaciones viejas. Y el vientre de la memoria recoge la bondad entrañable y a la vez oceánica de la señora Luisa –la que os cobijó durante un tiempo en su casa de la costa–. Señora humilde y a salvo de cualquier erudición que no procediera del amor al prójimo y la solidaridad. Tan arraigada a la vida que, cuando se ponía a hablar de ella la hacía visible; era el suyo un mundo donde todos podían subsistir amando a las personas independientemente del color y creencias.

Jamás olvidareis aquellas atenciones y el trato fino con que ella os colmó; la conversación relampagueante –en un chapurreado francés– con que fue describiendo la vida que os esperaba en España y, la acertada forma de sortear los inconvenientes futuros. La ternura con que os llamaba hijos, a pesar de ser dos jóvenes forasteros. La honradez compasiva; la conciencia del cuerpo como don que cae y se levanta, la animosa disponibilidad frente a todo, la gallarda entereza con que hay que desafiar los golpes del destino. Unas lecciones maravillosas de optimismo y sosegada confianza, que os han hecho sobrevivir, en un mundo nuevo.

Fátima muestra la zozobra en los ojos y en el caminar, es un barco al que se le ha abierto una vía de agua. También lleva prendidos un nudo en el estómago y plomo en el corazón, su mirada barre el suelo y su olfato se satura de olores insólitos, nunca percibidos, los que se amalgaman en ese laboratorio donde recibirá sus clases de Física y Química. Pero el principal desconcierto procede de sus oídos que son los que marcan la frontera invisible, o tal vez no, porque funcionan correctamente: el tímpano vibra con adecuada frecuencia, la secuencia de huesecillos transmiten el sonido hasta el nervio. Es en su cerebro donde reside el auténtico problema, porque es incapaz de comprender la jerga extraña, labios que vocalizan de una manera compleja, que emiten fonemas marcados con demasiada intensidad, nada que ver con la fluidez del idioma árabe que es como brisa en la boca.

El ruido cesa cuando entra el profesor. Es un hombre alto y enjuto que impone con su presencia, que polariza la atención con su cráneo totalmente desprovisto de pelo y el filo cortante de su mirada. Ha escrito su nombre con tiza: David Barnes. En el primer día de clase no ha habido ocasión para el tanteo y marcar los espacios, los alumnos no saben aún qué límite les está permitido sobrepasar y todos callan expectantes. También Fátima, que busca con desesperación un lugar donde ubicarse que no será otro que un pupitre en la última fila sin más compañía que su mochila. Pliega las piernas y apoya las manos con mansedumbre sobre la mesa; el tacto es frío y se agradece en medio del bochorno de

septiembre. Luego, fija sus pupilas en el profesor. No le llama la atención lo que dice, no puede entenderlo, sus palabras son balas que pasan esquivas junto a sus oídos, sólo alguna impacta de vez en cuando, como cuando comprende que está pasando lista y reconoce su nombre en labios extraños, labios que lo deforman convirtiéndolo en ruido apenas reconocible, pero ella levanta de inmediato la mano como ha visto hacer a otros compañeros. Luego, cuando David comienza a explicar, los sonidos se le distorsionan como si los escuchara desde dentro de un charco.

La noche es terapéutica y los sueños amables. Han trasladado a Fátima hasta su pueblo natal, en el que ha vivido hasta hace dos meses. No era exactamente igual a la realidad, pero ella ha reconocido su pueblo aunque las casas estuvieran construidas de algodón y las calles sembradas de rosas. Olía a eso, a rosas, y todo el mundo sonreía a su paso, sonrisas blancas, radiantes, felices, y ella alcanzaba una paz de útero materno. Sí, la noche es terapéutica porque tiene el poder sublime de la teletransportación. Sin embargo, el alba es terrible, arrastra una luz de ceniza y desasosiego. De hecho, cuando su madre la llama para ir al instituto y abre los ojos, se introduce la ingravidez en su vientre, y siente vértigo, angustia y el desamparo de la soledad. Pero, ¿se puede experimentar soledad en un aula donde coinciden treinta personas? Desde luego, piensa Fátima, la más terrible, la de ser ignorada; es la consecuencia de no poder hacerse entender, es como si al abrir la boca la voz enmudeciera, y eso le causa impotencia y tristeza y rabia.

Esta mañana también ha llorado, pero se traga las lágrimas mientras aguarda al autobús escolar; no quiere que además de aparentar una falsa torpeza también piensen que es débil. Y ya han pasado varias semanas desde que empezó el curso sin que sus pobres conocimientos del idioma, los que aprenden en las escasas horas de clase de inmersión lingüística y los que caza al vuelo, le permitan desenvolverse en esta tierra ignota a la que ha arribado. Ahora está de nuevo en la clase de Física y Química. Después del tiempo transcurrido ha quedado perfectamente perfilado el límite que los alumnos pueden sobrepasar con el profesor David: ninguno. Ni uno solo se atreve a abrir la boca ante la actitud granítica del docente, ante su mirada de hielo, ante la ausencia de sonrisa; no tienen referencias de él de otros cursos, es su primer año en el instituto, e inspira un respeto que raya en el temor, un temor que mantiene confinadas en un tarro las hormonas en ebullición de sus alumnos adolescentes. En ese momento escribe en la pizarra una ecuación física y está solicitando a sus alumnos que le indiquen cómo se despeja la incógnita, pero ninguno

responde, la mayoría por ignorancia y algún otro por miedo a equivocarse y ser objeto de menosprecio y burla. Fátima no entiende lo que David quiere; sin embargo, ha clavado su atención en la fórmula impresa en tiza y sus ojos de carbón se hacen ascuas, sobre todo cuando comienza el desfile de nombres que tienen que ir saliendo uno a uno a la pizarra

para confirmar el fracaso matemático del despeje. Y escucha el suyo: Fátima El Arnabi. Eso sí lo entiende, y que tiene que salir al encerado, coger la tiza y enfrentarse al monstruo hecho ecuación que no ha dejado de dar dentelladas. Pero ella no le teme, ya lo conoce, era la alumna más aventajada de la clase en su añorado Marruecos, y con unos cuantos trazos resuelve la incógnita que tantos estragos ha causado entre sus compañeros. Su rostro se enciende de satisfacción, es la primera vez que ha podido expresarse en ese laboratorio de olores artificiales a través de un lenguaje universal, y espera una cara amable, una aprobación del profesor, pero éste sólo la escruta con una impasibilidad que la asusta, ese cráneo brillante y anguloso... Hasta que no se lo indica con la mano, no se atreve a regresar a su pupitre.

Cuando finaliza el trimestre y recibe el boletín con las calificaciones, Fátima se deprime. No hay consuelo ante esa colección de suspensos, ni siquiera el de su madre que intenta apaciguar la tormenta interna, un torbellino de impotencia que nace del mismo estómago y la sacude en llanto espasmódico. ¿Por qué?, ¿por qué hemos tenido que venir a España?, pregunta a su madre entre hipidos y con los ojos enrojecidos, en Marruecos sacaba las mejores notas de mi clase y aquí parezco estúpida. Tú no tienes la culpa, le replica, es cuestión del idioma. Idiomas, creando muros entre los seres humanos, tan delimitados como las fronteras de los mapas. ¿A qué se reduce una persona incapaz de comunicarse con su entorno? ¿Qué miedos injustificados surgen? Sólo con el lenguaje universal de las Matemáticas ha tenido éxito, ésa sí la ha aprobado, pero no ha sido suficiente para superar la Física y Química del profesor David a pesar de que ha mostrado con creces que con las fórmulas se maneja con más soltura que el resto de sus compañeros. Tampoco ha ayudado que su profesor falte en ocasiones hasta una semana sin que ella conozca el motivo.

Y es precisamente con David con quien se produce el encuentro inesperado. Disfrutan del paréntesis navideño y Fátima camina con su madre por el centro comercial revestido de falsa felicidad y villancicos enlatados. De frente surge la figura inconfundible de su profesor, destaca su altura y el brillo de su cabeza pelada y, si se presta atención, la

frialdad de sus ojos, los iris grisáceos, casi hielo sucio en unas cuencas profundas. Como no desea cruzarse con él, Fátima tira del brazo de su madre en un intento inútil porque David la ha capturado con su mirada y, al contrario de lo que podría esperarse, decide acercarse hasta ella. La saluda en un tono neutro, casi de autómeta. ¿Es que este hombre está hecho de piedra?, se pregunta la joven, luego también saluda a la madre y se presenta como su profesor de Física y Química, lo que la mujer no entiende en absoluto hasta que se lo explica en árabe su hija, y entonces sonríe con una calidez que no consigue afectar a David. Él calla durante unos segundos, da la impresión de que sopesa algo, y finalmente hace a Fátima la proposición que apenas consigue entender la muchacha con su escaso dominio del idioma. Sólo después de varios intentos y mucho gesticular, ella comprende y arquea las cejas antes de contárselo a su madre. La mujer también las arquea, pero no duda en asentir complacientemente con la cabeza y dar las gracias en un español defectuoso.

Es tras las vacaciones de Navidad cuando la propuesta se materializa. Tres tardes en semana, en el mismo instituto, David se ha ofrecido a enseñar el idioma a Fátima. ¿Por qué lo hace?, le pregunta ella en una de esas ocasiones, cuando ya ha adquirido una mínima habilidad para expresarse, y él, tras desnudar su mirada de la gelidez que la suele vestir, le responde: Porque me recuerdas a mí. Y ya no dice más endureciendo de nuevo el gesto, dejando suspendida la incógnita en el aire. Lo que no se atreve a preguntarle Fátima es por qué algunas semanas desaparece como lo hacen los espíritus: son asuntos que no le incumben. Lo importante es que su inteligencia le permite avanzar con rapidez en los entresijos de la lengua, y cuando finaliza el segundo trimestre se ha hecho el truco de magia y los suspensos han desaparecido del boletín, y no se detiene ahí la evolución porque gracias a la ayuda de David sus neuronas han iniciado un imparable engranaje que desvela los secretos del nuevo idioma, se va despojando de los velos que antes lo cubrían y ahora Fátima percibe un paisaje cristalino de palabras. De esa manera, todas las asignaturas se le hacen comprensibles de tal forma que a final de curso ya hace malabares con ellas. David Barnes arrendija sus ojos cavernosos: pocas veces se ha encontrado con alguien tan inteligente, y siente orgullo y satisfacción y, aunque su rostro inexpresivo no lo demuestre, también alegría cuando Fátima le ruega que sea él quien le entregue en la ceremonia de fin de curso el diploma otorgado a los alumnos más destacados. Ella quiere que sea él no sólo por la ayuda que ha obrado el milagro, sino también porque David le transmite confianza, seguridad, es un bastón donde puede apoyarse sin temer la caída.

Cuando llega el día, la joven se siente feliz. El alba ya no es ceniza sucia, sino luz alegre, y viste su mejor vestido para la entrega del diploma. Sus padres la acompañan en el salón de actos del instituto, no se les desdobra la sonrisa que llevan adherida desde que se levantaron, y un desfile de alumnos meritorios recoge su recompensa al duro esfuerzo del año. Cada uno ha elegido a su profesor favorito para la entrega, para la foto inmortal, nadie se ha decantado por David excepto Fátima, pero el profesor Barnes no se encuentra presente. ¿Otra de sus ausencias misteriosas?, piensa la joven con la inquietud aposentada en el corazón. Cuando la llaman, es el director quien se encarga de felicitarla. ¿Y el profesor David?, pregunta ella con el gesto contrariado. Ha tenido que marcharse a su país, al funeral de su abuelo, le contesta el director, y Fátima redondea los ojos como lunas llenas, ¡su país!, ¡no es español!, y recuerda, con una sonrisa impostada en la pose fotográfica, lo que le dijo el profesor aquella tarde de clases particulares, cuando le preguntó que por qué la ayudaba: Porque me recuerdas a mí.

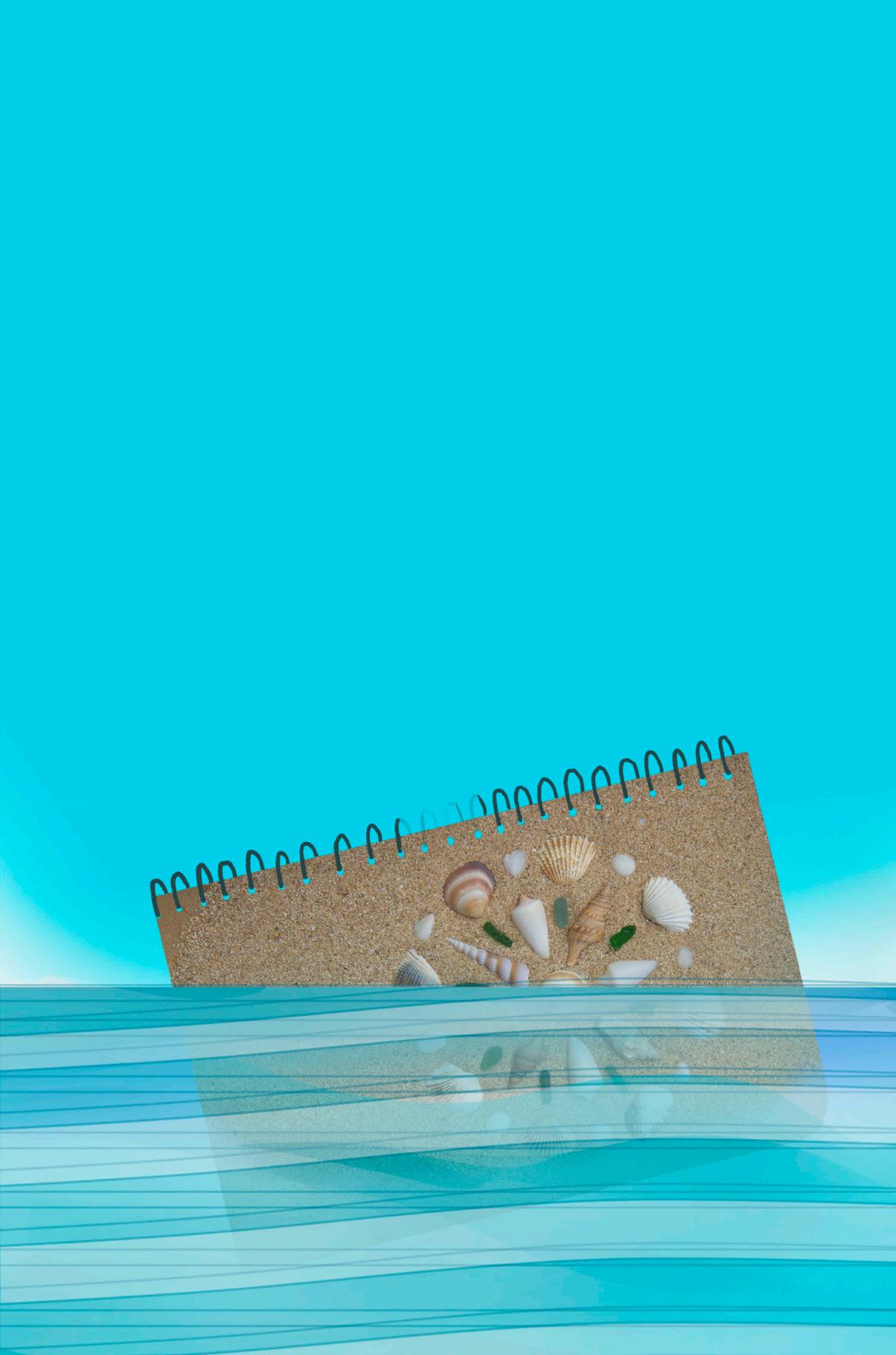
Luego pasan los días del verano, cadenciosos como el goteo de la clepsidra, sin que Fátima deje de acordarse del profesor David de quien no pudo despedirse al finalizar el curso. Un año después de que arribara resulta inimaginable que esté deseando regresar al instituto. Luz de septiembre, nostálgica y bella, brisa marina ondulando el aire, y cuando se viene a dar cuenta se encuentra en los pasillos de su centro escolar vistiendo vivacidad y alegría, deseando saludar al profesor impertérrito al que nadie parece apreciar salvo ella, y también darle el pésame por el fallecimiento de su abuelo. Ni siquiera puede esperar al primer día de clase, decide acercarse hasta el Departamento de Física y Química en cuya puerta hay una ventana circular que permite husmear en el interior. Va a llamar, pero deja el puño suspendido en el aire cuando comprueba que quien está dentro tiene una sombra rala de cabello. No es David, se dice, y no sabe que está equivocada, porque cuando el hombre levanta la cabeza de los papeles que revisa ella descubre la inconfundible mirada neutra de su profesor. Pasa, le dice con la mano. Ella lo hace con parsimonia, girando lentamente el pomo, arrastrando primero un pie, luego el otro, sin dejar de admirar el cambio físico experimentado por David con el césped de pelo que cubre su cráneo. Él se percata y se lleva la mano a la cabeza. Me dijeron que un tiempo después de acabar la quimioterapia volvería a salirme, le dice para que comprenda. Y claro que comprende, como un fogonazo, las ausencias temporales del profesor, esos ojos hundidos en pozos que ya no lo están tanto. Lo de los labios no debe ser a causa del cáncer ni de la quimioterapia, se dice

Fátima, porque este hombre es incapaz de sonreír. Ella le da el pésame, él la invita a sentarse. No sabía que usted fuera extranjero, le dice. David permanece callado unos instantes, tal vez no haya tenido ocasión o no haya querido hablar nunca con nadie de su pasado, su propio carácter hermético lo impide, pero por fin decide eliminar el óxido de su boca y le cuenta. Fátima no tarda en saber del fallecimiento de sus padres en un accidente de tráfico cuando se adentraba en la edad adolescente, de la adopción por parte de sus abuelos paternos que vivían en España, jubilados huidos del clima mezquino de Londres y ansiosos de sol y luz. Yo no sabía ni una palabra de español, Fátima, le dice, estaba tan perdido como lo estabas tú. Y de nuevo se hace el silencio, espeso, casi duro, en aquella habitación pequeña con el rimbombante nombre de Departamento de Física y Química, hasta que ella se decide a preguntar: ¿Y el cáncer? ¿Lo ha vencido? Y Fátima se sorprende ante la respuesta de David, una frase que se le marcará al rojo en el cerebro y que, aunque ella no lo sepa, marcará el rumbo de su vida: Nunca se puede estar seguro de que no quede alguna célula cabrona multiplicándose.

EPÍLOGO

La doctora El Arnabi acelera el paso por los pasillos del hospital con repiqueteo seco y rítmico que se hace eco. En su segundo día de trabajo ha leído el listado de pacientes de oncología y David Barnes aparece en él, un nombre que jamás olvidará aunque se hayan deslizado veinte años por el calendario desde la última vez que lo vio en el instituto. Clac, clac, clac. Hablan los tacones de sus zapatos hasta que llega a la habitación 204. Hay dos pacientes dentro, uno acompañado por un familiar, el otro no, en el que reconoce los rasgos de quien fue su profesor. Pobre hombre, piensa Fátima al descubrir su aspecto de calavera, consumido, dormido por los efectos de la morfina, el último recurso para eludir la conciencia y el sufrimiento. Tras saludar al acompañante del otro paciente, que también parece dormir, se acerca a la cama de David. Su aspecto habla por él y revela que la vida se le esfuma a borbotones. Ella, que estudió Medicina y se especializó en Oncología impactada por aquella frase del profesor acerca del temor de que el cáncer se le reprodujera, se dice que ha llegado tarde, que se enfrenta a una guerra en la que se han de perder muchas batallas. Qué delgado está, es humo entre las sábanas. Precisamente retira un poco el embozo para permitirse lo que nunca se habría atrevido, tomarle una mano a David como si de esa forma pudiera

consolarlo. El caso es que no está tan profundamente dormido, porque al momento abre los ojos, unos ojos abotargados y perplejos. Soy yo, profesor, Fátima El Arnabi, ¿me recuerda? No, no parece reconocerla, a lo que se limita, tras un lapso de tiempo, es a señalar hacia su bata blanca, más en concreto hacia el bolígrafo que sobresale del bolsillo, le dice con un hilo de voz que se lo deje. Entonces, tomándolo con una mano temblorosa, acierta a coger una servilleta de papel que descansa en la mesita y comienza a garabatear ante los ojos expectantes de Fátima. Cuando termina, le entrega lo que ha escrito. Ella no puede menos que emocionarse, además, le da igual el carácter árido de aquel hombre que yace en la cama, así que se inclina y lo besa en la frente. Luego, se incorpora y vuelve a leer lo escrito en la servilleta: allí, expresada en el lenguaje universal, se encuentra la primera ecuación que ella resolvió en la pizarra del profesor David Barnes.



Cada mañana me gustaba bajar a la orilla de la playa a buscar pequeños terosos que iban completando mi pequeño museo del mar. Mi madre los llamaba así porque decía que todo lo que olvidamos, perdemos o tiramos sobre la arena de la playa es moldeado por las olas, el viento, el sol y la sal. Y que para comprobarlo un día lanzó la palabra tesoros al mar y el agua se la devolvió transformada.

Decía que eso lo había aprendido de una niña que se llamaba Martana y que un día dejó olvidada su muñeca sobre la arena. A la mañana siguiente corrió a buscarla y en su lugar encontró una preciosa concha colgando de un cordel. En vez de enfadarse sonrió porque descubrió lo que ningún adulto había entendido jamás: el mar te devuelve lo que se lleva. Para comprobar si aquella idea era correcta decidió dejar cada tarde uno de sus juguetes. A cambio el mar le regalaba piedras pintadas, cestitos con hojas de posidonia, barquitos de coral. Cuando se le acabaron los juguetes se le ocurrió dejar algunos objetos que para ella eran basura. Una tarde dejó una bombilla fundida y se la devolvieron llena de conchas y sal del mar coloreada. Otra vez dejó un bote de cristal y a cambio recibió un montón de cristalinas que brillaban sobre sus manos.

Dispuesta a descubrir quien dejaba los regalos, una noche se escondió bajo una barca que descansaba sobre la arena. Cuando la luna estuvo en lo más alto vio que del agua salían un montón de animalitos pequeños, que bajaban y subían por la playa, dirigidos por una joven sirena desde el mar. Fue tanta su sorpresa que Martana corrió hacia ella para verla de

cerca y todos los animalitos asustados se escondieron donde pudieron. La sirena, lejos de asustarse, se quedó mirándola sorprendida. Hablaron durante toda la noche y una de las cosas que aprendió es que el mar convierte nuestras basuras en objetos maravillosos y nos los devuelve para que los guardemos. Pero como ya es tanta la que tiramos no dan abasto y las aguas y los fondos marinos están poblados por nuestros desechos.

Desde ese día Martana se dedica a limpiar nuestras playas y a recoger los terosos que la sirena y sus ayudantes le dejan sobre la arena.

Por esos paseos buscando terosos, por esa historia que me contó mi madre, decidí elaborar un cuadernillo al que llamé “A la orilla de la playa”. En él recogí todo lo que te puedes encontrar si vas atento: cientos de conchas distintas, aves marinas, restos de posidonia, medusas, diferentes especies de peces, incluso, si miras hacia arriba, las estrellas que iluminan nuestro cielo. Por supuesto que también añadí, en honor a Martana, una página dedicada a las basuras que aparecen en nuestras playas y los problemas que pueden causar a todo el ecosistema.

Con ese cuadernillo me dediqué a visitar los colegios de la zona para regalárselo a los niños, con la ilusión de que aquellas imágenes desatasen su curiosidad e imaginación y se convirtiesen en buenos científicos que estudiaran y cuidasen nuestros mares.

En una de esas visitas conocí a Doha y como las olas, el viento y el sol transformó mi vida. Intentando mostrar los secretos de la naturaleza descubrí los secretos que esconde el ser humano.

Doha era una de esas niñas que te escuchaba atenta y cuando terminabas de hablar, de forma muy educada levantaba su mano y te bombardeaba a preguntas sobre cada una de las palabras que habías dicho. Te rebatía cada uno de tus argumentos hasta quedarse satisfecha con las respuestas. Si no hubiese sido por la dulzura de su voz, la belleza de sus ojos y su simpatía muchos compañeros la hubiesen rebautizado con algún mote como la sabionda, la sabelotodo o la preguntona. Era una niña muy querida y respetada por todos.

Cuando estábamos a punto de terminar la visita, mientras recogíamos las conchas y algunas especies que habíamos llevado para que las identificasen, el profesor que me había invitado les preguntó:

— ¿Os gustaría que fuésemos un día a la playa a buscar esos terosos de los que habla?

El grito fue unánime. Así que aprovechando que el final de curso se acercaba, y que el colegio no estaba lejos de la playa, concertamos una

excursión para una semana más tarde. Antes de salir del colegio Doha corrió hacia mí y me dio un abrazo.

—Me ha gustado mucho maestro.

—Yo no soy maestro – le dije con el ego crecido – pero me alegro que te haya gustado. Seguro que en la playa lo pasaremos mucho mejor, ¿a que sí? – pero en vez de recibir la sonrisa que esperaba sus ojos perdieron la luz que los hacían brillar. Sin decir nada se perdió en el patio del colegio corriendo con sus amigas.

El día de la excursión Doha no apareció. Mientras sus compañeros buscaban conchas para identificarlas le pregunté a su profesor porque no había venido.

—Le da miedo la playa – lo miré sorprendido. – Bueno miedo por lo que se ve no es la palabra adecuada, es pánico.

— ¿No sabe nadar?

—No, no es sólo el agua, es la playa. Cuando entregué las autorizaciones para venir, ella la dejó sobre su mesa. Pensé que se le había olvidado y al día siguiente se lo recordé. Me sonrió y la metió en un libro diciendo que sin falta se la entregaría a su madre. Viendo que se acercaba la excursión y no tenía su autorización le volví a preguntar. Me dijo que no quería venir. Sin más explicaciones. Por un momento pensé que su madre no la dejaría pero a todas las demás salidas había ido sin ningún problema. Esa mañana al terminar las clases, en la puerta, me crucé con ella y con su madre y le volví a preguntar si iba a venir a la excursión. Su madre perpleja la miró y le preguntó a dónde íbamos a ir. Doha no levantaba la vista del suelo, así que le expliqué lo del taller y la visita a la playa. Su madre le acarició la cabeza y le dio un beso. Luego, con su exquisita educación, me dijo que no podría ir. – Yo lo miraba sin comprender nada – A la mañana siguiente su madre se presentó en el colegio para hablar conmigo y me contó la razón por la que no quería ir a la excursión. Resulta que el padre de Doha cruzó el estrecho en patera cuando ella tenía ocho años. La idea era buscar trabajo y reagrupar a la familia en unos años pero tuvo la desgracia de no sobrevivir a la travesía. La patera se hundió por culpa de un temporal. Muchos de los cuerpos desaparecieron engullidos por las aguas, pero otros el mar los fue sacando a las playas. En aquellos días la prensa se hizo eco de aquella tragedia y Doha descubrió la noticia a través de la foto de uno de esos periódicos. Quizás para otra niña aquella noticia hubiese pasado desapercibida pero para ella no. Su inteligencia le hizo relacionar la emotiva despedida de su

padre, aquella foto y las lágrimas que cada noche derramaba su madre. Desde entonces no quiere pisar una playa.

No sé por qué me impactó tanto aquella historia. Quizás porque descubrí que nuestra sonrisa no deja reflejar la pena que llevamos dentro, quizás porque nunca me puse a pensar en las familias y los sueños de todas esas personas que terminan sobre la arena de nuestras playas. Aquella mañana lo pasamos genial, pero una ola se quedó atrapada en mi cabeza, como si no pudiese romper y dar paso a la siguiente.

A veces cuando regalaba un cuadernillo, cuando paseaba por la playa, me acordaba de Doha pero la vida transcurre a tal velocidad que los buenos, los malos, los alegres y tristes pensamientos se mezclan y el viento los lleva de un lado para otro acercándolos y alejándolos de nuestra orilla según la dirección en la que soplen.

Ese verano por temas laborales tuve que cambiar el horario de mis paseos por la playa. Ya no los hacía recién salido el sol, sino que eran al atardecer, cuando aún la tarde y los turistas se resisten a marchar. Era una mala hora para buscar terosos pero, recordando a Martana, aprovechaba para llenar alguna bolsa de basura y limpiar la arena de la playa. Nuestros mares.

Una de esas tardes, mientras me acerqué al paseo marítimo a buscar un contenedor donde depositar unas pobres y tristes botellas abandonadas sobre la arena, encontré a Doha y a su madre sentada en un banco. Me gustó verla. Se la veía radiante. Mientras su madre sostenía un helado al que de vez en cuando Doha se acercaba a darle un lametón, ella buscaba entre las páginas de mi cuadernillo el nombre de algunas conchas. Cada vez que encontraba una se la mostraba a su madre y la colocaba dentro de una caja. Fue tanta mi alegría de volver a verla y comprobar que mi trabajo era útil e interesante para alguien, que me acerqué hacia ellas.

—Buenas tardes Doha, veo que tienes una gran colección de conchas – ella me miró y me dedicó una de esas sonrisas que te alegran el día, la vida, el alma. Una de esas miradas que te ayudan a subir montañas, a cruzar ríos, a perder el tiempo pensando en proyectos educativos que muy pocos valoran. – Buenas tardes señora, supongo qué es la madre de Doha. Permítame que me presente, soy...

—Mamá, es el que me dio este cuadernillo – y al mostrarlo comprobé que sus hojas estaban desgastadas y separadas las unas de las otras de tanto usarlas. Su madre sonrió.

—Encantada, Doha me ha hablado mucho de usted, de las cosas que le contó aquel día. Yo soy Anjum – Ahora el sorprendido era yo. Normal-

mente los niños a los que conozco en los colegios nunca se acuerdan de mi nombre. Soy uno de tantos que pasan por sus aulas llevándoles algún regalo. Así que descubrir que por lo menos en una niña dejé mi huella me sorprendió muy gratamente.

Durante un buen rato Doha me estuvo enseñando sus conchas. Las tenía clasificadas y me explicaba con entusiasmo su idea de colocarlas en un pequeño cuadro que pensaba pintar de azul y pegarle arena de la playa con cola. Me volvió a bombardear a preguntas sobre cada una de ellas y como algunas no las sabía responder le prometí volver a la tarde siguiente con un libro donde poder encontrar esas respuestas y con otro cuadernillo nuevo por si el que tenía terminaba por romperse del todo. Al despedirse, me dio un abrazo y de su cajita me regaló una de sus conchas.

—Te regalo una nacarada, tengo dos. Son las más bonitas de todas porque aunque parecen muy feas al girarlas brillan y son muy suaves.

—La guardaré con todos mis terosos del mar. – Le respondí emocionado. Su madre tuvo que arrastrarla porque las preguntas otra vez amenazaban con retenernos durante horas.

Durante el camino de vuelta no dejé de sonreír pero al llegar a casa, mientras cenaba, aquella ola que se quedó atrapada en mi cabeza volvió a traerme la dolorosa historia que Doha escondía bajo su sonrisa. Hasta ese momento no había pensado en cómo había conseguido todas esas conchas. ¿Habría por fin superado sus miedos y era capaz de bajar a la playa? La ola fue creciendo en mi cabeza y sólo el cansancio hizo que dejase de golpear la orilla de mis pensamientos.

El día pasó lento en el trabajo. A cada rato miraba la hora, esperando el momento para resolver aquella duda. Adelanté mi paseo por la playa, y llegué al banco un rato antes que la tarde anterior. Al verme volvió a darme un abrazo, pero antes pude notar como miraba a su madre. Tuve la sensación que la había prevenido por si yo no aparecía esa tarde y que Doha le había asegurado que no faltaría a mi promesa.

No tuve que preguntarle cómo conseguía las conchas. Durante el rato que estuve con ellas muchos compañeros de clase se acercaban a llevarle lo que encontraban en la orilla. Incluso, sin bajar a la playa había hecho amigos entre los turistas que también le dejaban sus hallazgos para que le buscara el nombre en el cuadernillo. Con tanta interrupción tuve la ocasión de quedarme a solas varias veces con Anjum. Las primeras conversaciones se centraron en la alegría y la inteligencia de la niña pero

en una ocasión que Doha se fue con una de sus amigas hacia la ducha me atreví a preguntarle.

— ¿Por qué Doha no pisa la arena? – Anjum me miró y bajo la cabeza. La naturalidad, la frescura de las otras conversaciones se perdió al instante. No respondió y noté su incomodidad ante mi curiosidad.

Aquella tarde me despedí antes de ellas y Doha me hizo prometer que volvería a verla. Lo hice, aunque esta vez tuve la sensación que quizás faltaría a mi promesa.

Durante toda la noche mi ola aprisionada golpeó una y otra vez sobre las rocas del acantilado donde mi cabeza me pedía que me instalase. Mirar a Doha y a Anjum desde la distancia, no inmiscuirme en sus vidas, no jugar a ser un héroe. Pero mi corazón me pedía otra cosa, me exigía que bajase a la playa, que me mojase por ellas, que pusiese mi granito de arena para hacer su vida más agradable. Al final venció mi amor por el mar y el miedo a las alturas.

Al día siguiente me pasé a verlas pero sólo unos minutos. Le dije a Doha que quería seguir caminando por la playa y que si quería podía acompañarme. Sus ojos se nublaron y me dijo que no antes de girarse y correr hacia su madre. A la vuelta de mi paseo le llevé parte de los terosos que había encontrado y sus ojos volvieron a brillar. Casi toda la semana la provoqué para que se viniese conmigo. En uno de esos intentos le dije que había aparecido una tortuga boba al final del puerto. Por un momento, después de mirar la página del cuadernillo donde aparecían los cetáceos y las tortugas marinas, pensé que diría que sí pero, los miedos a veces pueden más que nosotros y aunque se moría de ganas por acompañarme, Doha volvió a inventarse una nueva excusa. Anjum al comprobar la indecisión de su hija dijo que ella me acompañaría a ver a la tortuga y si no quería venir podía esperarse en el banco del paseo porque no tardaríamos mucho. Doha se quedó paralizada, su único apoyo, la que conocía su secreto, la dejaba sola. Fue la primera vez que vi a Doha llorar. Supongo que aquellas lágrimas eran fruto de la incomprensión, la rabia, el miedo, el deseo, la curiosidad. Su cabeza debía ser un hervidero de sentimientos difíciles de manejar. Su madre se acercó a consolarla y cuando consiguió que su llanto se detuviese me acerqué a ella.

—Martana descubrió que el mar siempre te devuelve lo que se lleva – le dije mirándola a los ojos. Yo sabía que luchaba contra algo que la superaba y que unas palabras quizás no serían suficientes, pero sólo disponía de eso. – Hay oportunidades que se pierden para siempre por

culpa de nuestros miedos y durante mucho tiempo lo lamentamos. Si no vienes a ver la tortuga hoy quizás no la veas jamás. – Movía su cabeza como intentando sacudirse algo de encima. Parecía que bailaba ya que el peso de su cuerpo lo descargaba alternándolo sobre cada uno de sus pies. Para ayudarla, ofreciéndole mi mano, añadí sin pensar lo que podría haber sido el final de nuestra amistad. – Confía en mí – y su cuerpo paró de moverse y su mirada se quedó fija en mis ojos. Alargó su mano con decisión y la apoyó en la mía. Me estremecí al sentirla y por un momento noté la responsabilidad de aquel gesto. Se la apreté con fuerza y comenzamos a caminar despacio, sin prisas, sobre la arena. Luego ofreció la mano libre a su madre y juntos, los tres, nos dirigimos a ver a aquella tortuga boba que vino a traerle de parte del mar la alegría que un día le robó. Anjum, con lágrimas en los ojos, me miró mientras caminábamos y me susurró por encima de la cabeza de su hija un “muchas gracias” que liberó la ola atascada en mi cabeza.

Desde aquel día bajé cada tarde a jugar con Doha y su madre a la orilla de la playa. Buscamos conchas, hicimos castillos, la enseñé a nadar para luego llevarla a bucear.

Mientras jugaba con sus amigos del colegio y enseñaba a los turistas a identificar conchas yo me quedaba sentado sobre la arena hablando con su madre. A veces, cuando cerraba los ojos por la noche me dormía sonriendo e imaginando que éramos una familia. Cuando amanecía intentaba borrarle esa idea de la cabeza. Son tantas cosas las que nos separaban, tantos prejuicios acumulados durante años sobre su cultura y su religión, tantos miedos a las opiniones de los demás, que me convencía a mí mismo de que no era una buena idea. Por eso a veces me revolví en la cama negándome a abrir los ojos y no quería despertarme de un sueño del que yo solo me alejaba.

Un día Doha me señaló el planisferio que cerraba el cuadernillo y me pidió que le enseñase a identificar las estrellas. Aquella idea me dejó perplejo porque rompía nuestra rutina diaria y porque implicaba quedar para pasear por la noche por la playa.

—No sé si será buena idea Doha, quizás a tu madre no le parezca bien que nos vean por la noche aquí a los tres solos – eran mis prejuicios los que hablaban por mí.

—A su madre hace mucho tiempo que le da igual lo que opine la gente. Por eso me vine sola a cuidar de mi hija a este país, por eso me sentaba cada tarde en el paseo a comer helados como una turista, por eso, aunque

no lo creas, confié en ti. Estoy deseando que me enseñes esos secretos que se esconden entre las estrellas. Yo te contaré el mío – dijo bajando la voz y rozando con su dedo mi pecho a la altura del corazón - Ahora eres tú quien deberías confiar en él. Por cierto – concluyó subiendo el tono - ¿Sabes que mi nombre significa “estrellas”?

—Vaya que casualidad – respondí tartamudeando e intentando recuperar el aliento - ¿Y el tuyo Doha, qué significa?

—Viene de la palabra Ad-Dawhah - contestó Anjum mientras Doha miraba embelesada la sonrisa en el rostro de su madre– y se traduce como “El gran árbol”.

Aquel día lancé mi miedo a las olas que lo transformaron en el mayor de los terosos que jamás haya podido encontrar a la orilla de la playa: una familia.



Alcanzar una estrella

Lidia Dolores Prado Ruiz

Mis pensamientos y mi memoria se pierden en el olvido del tiempo, ¿era realidad o sueño lo que mi mente me mostraba? Aún hoy no lo vislumbro. Mi cerebro sigue confundido, sólo la incesante frase que mi madre me repetía permanece clara y nítida cuan lente de telescopio que llega a alcanzar las estrellas.

Buscando mi primer recuerdo ¿qué edad podría tener yo? ¿3 años? Quizá menos. Mi amorosa madre, una mujer llena de secretos y misterios a los cuales yo casi llegué a odiar. Jugábamos mucho, sí, eso sí lo recuerdo bien, pero sus juegos siempre eran a escondidas sin que nadie los viera ni compartiera, las dos solas y con la promesa de que era nuestro secreto, que no podíamos decírselo a nadie, ni a la abuela, ni a papá, ni a las primas con las que jugaba a otros inocentes juegos y con las que incluso compartía habitación. A menudo me preguntaba si ellas también jugarían con sus madres a esos juegos que nosotras teníamos en secreto.

Los juegos con mi madre no duraban mucho y siempre tenían lugar cuando la familia estaba ausente y no podía vernos.

Jugábamos al escondite, mi madre me escondía en algún lugar siempre pequeño y oscuro y cuando de mi boca salía algún reproche ella siempre me besaba y decía -“confía en mí”- esas palabras tan dulces y esos besos lograban que por un momento la situación pareciera una aventura.

En esos momentos del juego lo que menos me gustaba era que tenía que permanecer en un absoluto y sepulcral silencio. Era tan difícil mantener las palabras, en esos momentos hechas súplicas y quejas, encarceladas en mi garganta.

Su frase golpeaba mi diminuto cerebro -"confía en mí"-.

En otras ocasiones cuando tenía sed o hambre y le pedía un vaso de agua o algo para saciar un poco mi apetito, a ella se le ocurría otro magistral juego, permanecer un buen rato aguantando la sed, yo tenía que agarrar por la rienda el galope de mi estómago que protestaba em-bravecido, "¡qué juegos tan absurdos!", pensaba yo "y no se lo puedo decir a nadie", por supuesto que yo protestaba y mi madre repetía su frase solemne -"confía en mí"-... y yo confiaba a regañadientes, sobre todo cuando me despertaba a media noche y me pedía que no hiciera ruido y jugábamos a que nadie nos oía ni nos descubría. Permanecíamos un rato escondidas a cielo abierto mirando las estrellas, mi madre me solía decir, un día tú encontraras tu estrella y por supuesto terminaba diciendo..."confía en mí"-Y después, otra vez en silencio nos escabullíamos sigilosas, reptando como serpientes, dentro de la cama.

Creo que tendría unos siete años cuando incorporó un nuevo repertorio de juegos a nuestro secreto y oculto universo.

Un día trajo un papel con unas frases escritas en una lengua que yo no conocía, era curioso porque mi madre no sabía leer, de hecho ninguna mujer de la familia sabía. Ella repetía las palabras y me las hacía repetir a mí, cada cierto tiempo traía unas frases nuevas que aprendíamos de memoria sin olvidar las anteriores. Ella se esforzaba en que yo dibujara en la arena esos símbolos y luego los borrábamos. Al principio no me gustaba mucho ese juego, pero con el tiempo le empecé a coger el tranquillo y ya dibujaba símbolos sin mirar al papel. Mi problema con ese juego era..., el de siempre, que no se lo podía mostrar a nadie, para mí era tonto aprender algo que no servía para nada.

Había un juego que llegué a aborrecer con tal fuerza que casi estuve a punto de descubrir a mi madre y contárselo a todos para que así terminase con sus ridículos juegos, fue cuando un caluroso día mi madre me iba a llevar al río a orar. En vez de ir al río me llevó a un montículo desde donde se divisaba una lujosa vivienda y una piscina, allí había una mujer nadando de un lado a otro con unos movimientos rítmicos y continuados, como una danza dentro del agua, decía mi madre, y pretendía que yo imitara esos movimientos en el río, pero en un recodo donde nadie nos viera. Un río sucio y frío, eso era demasiado para mí, continuamente tragaba esas fétidas aguas, ella intentaba ayudarme y repetía y repetía..."confía en mí"-.

También ella intentaba aprender a nadar y su empeño era mayor que el mío, pero sus resultados dejaban mucho que desear.

Sus movimientos eran tan torpes que en ocasiones nos provocaba tal ataque de risa que nos hundíamos irremediabilmente, pero esos momentos de risas fueron nuestra salvación y lograron que mi rabia se transformara en ganas de ver a mi madre luchar con el agua. Su habilidad era tan parca que sin querer nos unió en lazos de complicidad de apoyo y las dos repetíamos al unísono y envueltas en compulsivas risas la famosa frase de mi madre... -"confía en mí"- -"confía en mí"-, como si se tratase del estribillo de una canción.

Esos misteriosos juegos, un día por poco le cuestan un disgusto a mi madre, una noche de esas en las que sin que nadie se enterase salíamos al raso y permanecíamos allí ocultas mirando las estrellas, mi prima se despertó y descubrió que yo no estaba en la cama, asustada se lo contó al resto de la familia. Mi madre rápidamente hilvanó una disculpa pero fue recriminada por toda la familia.

Después de ese día todos nos miraban con recelo y vigilaban muy de cerca nuestros pasos. Yo ya era para entonces lo suficientemente mayor y aun así no entendía por qué mi madre no decía la verdad y lo confesaba todo. Cuando insté a mi madre para que lo contáramos, mi madre muy nerviosa me abrazó con toda la ternura de su corazón y me susurró, -¡no!, mi vida "- "confía en mí". Empecé a notar el temblor de su cuerpo junto al mío y prometí en lo más intrínseco de mí ser que su secreto quedaría para siempre oculto en mi alma.

A partir de ese día mi madre ya no era la misma.

Un día en que las dos nos dirigíamos a rezar al río, mi madre llevaba un pequeño hatillo y a mitad del camino mi progenitora sin previo aviso cambió súbitamente de dirección, yo no entendía lo que ocurría, -¿a dónde vamos?- -¿por qué corremos?- la increpé, "-confía en mí"-, fue todo lo que recibí por respuesta, tenía tan tatuada en mi mente esa frase que la seguí sin rechistar.

Nos fuimos ocultando por cada rincón intentando que nadie se fijara en nosotras. En ocasiones mi madre me empujaba contra una pared y se ponía de espaldas ocultándome por completo a la vista de algún transeúnte.

Tras varias noches durmiendo al raso, teniendo las estrellas como único techo, llegamos al puerto allí había un grupo de personas intentando acceder a una diminuta embarcación. Mi madre subió a ella y me extendió la mano para que yo subiera también, yo vacilé -no-, dije tajantemente, -¿qué estás haciendo?-, esa frase que tan grabada estaba

en mi cerebro me golpeó de nuevo, incluso antes de que mi madre la pronunciara, pero yo me resistía. Miré hacia atrás el resto de las personas que esperaban para subir a la lancha, me instigaron. Clavé mis ojos en los de mi madre sin poder apartar mi mirada de ellos, agarré su mano y aterrada salté a la frágil embarcación. Mi corazón galopaba dentro de mi pecho. Al abrazarme a mi madre noté también el suyo queriéndose salir de su cuerpo.

La noche llegó, unos hombres hablaban en susurros, eran los jefes de esa expedición de almas perdidas y sin darme cuenta descubrí que repetían algunas palabras de las frases que mi madre me hizo aprender hasta la saciedad. ¡Entendía lo que esos hombres decían! -¡Oh mamá!-, dije besando a mi madre con lágrimas en los ojos, percibí en ese mismo instante que mi madre había programado ese viaje desde que yo vi la luz por primera vez. Mi madre sonrió tenuemente, el miedo la tenía entumecida, pero su resolución lo superaba todo, ¡ya no había vuelta atrás!

Pasaban las horas y el cansancio, el hambre y la sed hacían mella en nuestros cuerpos pero yo estaba tranquila, no sentía la angustia que veía reflejada en los rostros de los pasajeros de esa espectral travesía.

Tras tres interminables días de viaje, los ánimos estaban exhaustos, de repente un pasajero divisó tierra, todos comenzaron a ponerse de pie agitados. Los dos hombres al mando intentaron poner calma, pero fue inútil, entre gritos la nave se volteó a un lado y gran cantidad de agua penetró dentro. El tumulto no paraba de dar alaridos de pánico y la nave ofreciendo su desenlace final quedó sin rumbo y sin timón, iniciando un lento y pesado viaje hacia los abismos de las profundidades.

Nosotras caímos al agua y empezamos a nadar hacia la orilla. Mi madre incluso con sus fuerzas menguadas me dijo -“¡puedes conseguirlo, confía en mí!”- y yo aferrándome a ella y a todas las veces que había escuchado esa maldita frase que ahora era el único salvavidas que tenía para lograr alcanzar la orilla, nadé y nadé tirando de mi madre que me repetía incesantemente que la dejara y que me salvara yo. Nadé y nadé, no veía, no oía, no sentía nada, ni frío, ni dolor, sólo nadé y nadé y nadé..., con tal fuerza y tal rabia en esas temibles y oscuras aguas a las cuales, aunque fuera lo último que hiciera en mi vida, tenía que ganar la partida.

Ahora todo el odio que había sentido hacia el río cuando aprendía a nadar se multiplicó de tal forma que sentí que todo mi ser se rebelaba contra él y no permitiría que él venciera esta batalla, inesperadamente cuando parecía que no lo conseguiría sentí algo bajo mis pies, ¡eran

rocas!. El mar nos sacudía con fuerza, intentaba asirme al acantilado, pero el balanceo nos golpeaba una y otra vez. Agotada, exhausta, con una mano sujetaba a mi madre que había perdido el conocimiento, con la otra intentaba fijarme a una roca en cada ir y venir de las olas.

Los dedos de mi mano se quedaban sin yemas y sin uñas, -“confía en mí”- -“confía en mí”- -“confía en mí”-..., esas palabras se iban perdiendo como un eco en mi mente, quería rendirme y descansar, no podía más.

De repente, unas voces me despertaron de mi momentáneo letargo, -“¡ahí hay dos más!”-. En un nuevo empujón de las olas noté unos dedos que tocaban los míos extendidos y rígidos como una tabla, -“vamos muchacha, un intento más”-, gritó la voz -“confía en mí”-. ¿Qué había dicho ese hombre?... sentí un latigazo en el corazón y un nuevo embate de otra ola y emitiendo un grito desgarrador enfrentándome a Neptuno y a todo su ejército, empujé con todas mis últimas fuerzas mi cuerpo hacía la roca y sentí mi muñeca apresada por unas garras que a punto estuvieron de separar mi brazo de mi cuerpo, mientras las fauces del mar tiraban de mi cuerpo -“¡te tengo!”- fue lo último que oí antes de perder el sentido.

“Dos hombres me sujetaban por los brazos. Vi a mi madre en el agua, alejándose, forcejeé con todo mi ardor para deshacerme de esas cadenas humanas que me asían, intentando evitar que me tirase de nuevo al agua para salvar a mi madre. ¡Mamá!, ¡mamá!, vi su cuerpo perderse en la negrura del mar, grité con todas mis fuerzas, pero los gritos no salían de mi garganta. Abatida, me dejé caer, cuando mis rodillas se clavaron en el suelo. El dolor me hizo emitir un grito y abrí los ojos. Sentí mi cuerpo envuelto en un sudor frío”

Noté un mullido colchón bajo mi cuerpo. Estaba en una cama de hospital... junto a mi madre. Incliné la cabeza y vi a mi débil madre mirándome con orgullo, -“era sólo una pesadilla, hija”-, dijo.

Apartando las sábanas que me cubrían intenté incorporarme y balanceándome recorrí con gran dificultad los pocos pasos que me separaban de la cama de mi madre, echándome a su lado, la besé con ternura.

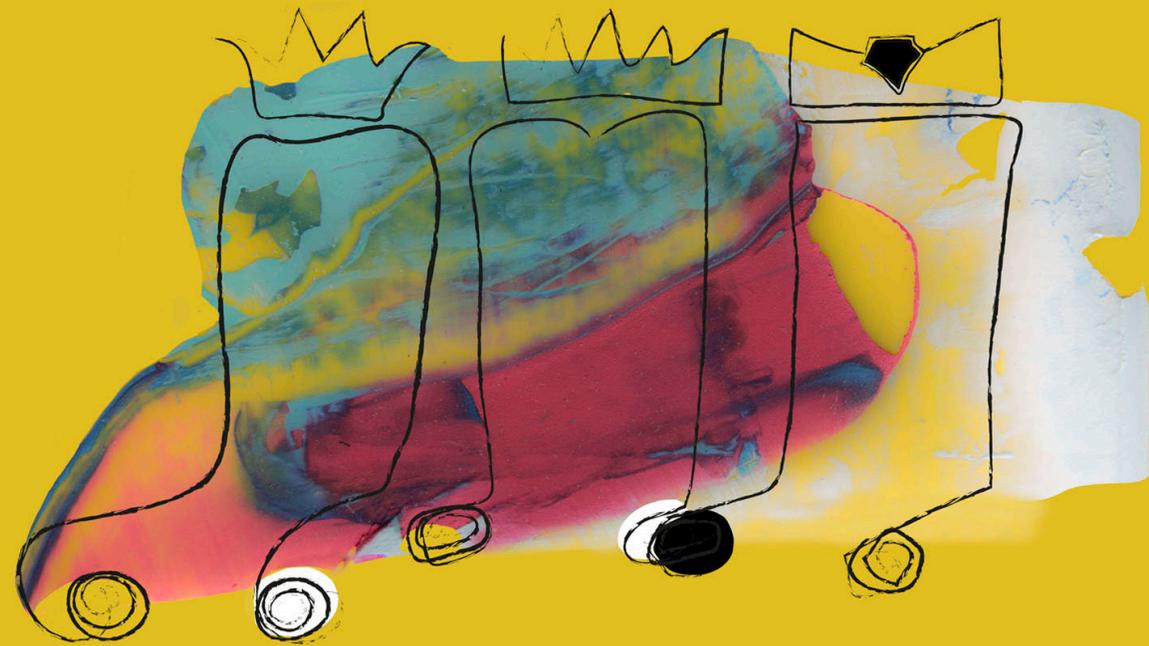
Mi madre buscando las pocas fuerzas que le quedaban, me susurró al oído, -“ahora hija mía, ya puedes “confía... en ti misma”-.

Las dos nos unimos en un abrazo y nos quedamos dormidas.

Así fue como encontré “la estrella” que mi madre, incluso poniendo en peligro su propia vida, me regaló.

Su historia no podía quedar en el olvido.

La cabalgata
Juan Carlos Fernández Salinas



Ese año los Reyes Magos no podían estar presentes en la cabalgata de Isla Esmeralda, un minúsculo médano de selva y arena sobre el Océano Índico, a medio camino entre Sri Lanka y el archipiélago de las Maldivas. Sus Majestades tuvieron la deferencia de avisar con una semana de antelación por medio del Príncipe Aliatar, quien se reunió con las autoridades de la isla para explicarle los reales motivos.

—Cierto que por definición los Reyes son magos, pero todo tiene un límite, incluso en ellos. Cada vez hay más niños en el mundo a los que atender, no hay más que consultar las estadísticas —aseveró con voz grave pero convincente. Y luego añadió—: Sus Majestades de Oriente van cumpliendo años, es un hecho objetivo, por lo que como es lógico se fatigan con mayor facilidad. Así que después de sopesar los pros y los contras han decidido sólo acudir por la noche a depositar los regalos en los domicilios particulares, lo que de por sí es un trabajo extenuante.

Ante tan convincente argumento, las autoridades de Isla Esmeralda no pudieron poner un solo pero. Ahora bien, aunque lo importante era que los niños recibieran sus juguetes, lo de dejarles sin la ilusión de la cabalgata les retorció el corazón, de ahí que no les resultara difícil ponerse de acuerdo para organizar un desfile por su cuenta y riesgo.

Cuando a Alfonso, un joven de ojos azules y pelo rubio ensortijado, le propusieron hacer de rey mago por poco se le sale el corazón del pecho. ¡Cómo no iba a querer! Aquel era el mayor honor que le habían ofrecido en mucho tiempo. El día de los ensayos llegó al lugar acordado

con media hora de antelación. Sin embargo, allí le esperaba una desagradable sorpresa. Todo el mundo daba por hecho que haría de Melchor, algo que a Alfonso ni se le había pasado por la cabeza. Contrariado, inició una airada discusión con el director artístico, quien agobiado por la falta de tiempo se encargaba de pulir todos los detalles.

—Alfonso, no vamos a obviar que al contrario que el resto de habitantes de esta isla tiene usted la piel blanca como la harina. Resultará muy creíble en el papel de Melchor. Para Gaspar contamos con el señor Lin Chau, del bazar oriental. Enténdalo, de Baltasar podemos hacer cualquiera de nosotros.

—Por eso se acordaron de mí, ¿verdad? Llamad a Alfonso, así no tendremos que comprar ni un bote de maquillaje.

—No saque las cosas de contexto. Con el poco tiempo del que disponemos no nos queda otra que tirar por la calle de en medio.

— ¡Por favor! ¡Ardo en deseos de hacer de rey Baltasar! Si el maquillaje es un problema, lo pago de mi propio bolsillo.

Todos los intentos porque Alfonso entrara en razones resultaron en vano.

— ¡De Baltasar o se buscan a otro!

Ante tanta cabezonería, al director artístico, al que le disgustaba que le acusaran de intransigente, no le quedó otra que claudicar.

Llegada la tarde del cinco de enero Alfonso se encerró en su camerino y allí se pasó horas aplicándose toda clase de potingues. No era fácil disimular su piel pálida y delicada. Cuando quedó definitivamente caracterizado de rey Baltasar, se situó enfrente del espejo para contemplar el resultado. La imagen le desbordó. Sus expectativas habían sido superadas con creces. Alfonso estuvo en un brete de llorar, pero la sola idea de que las lágrimas corrieran el maquillaje hizo que se contuviera.

Aun así lo mejor estaba por llegar, en las abarrotadas calles de Isla Esmeralda. Allí una hueste de chiquillos aguardaba impaciente con la ilusión prendida en sus ojos. Desde un altozano el director artístico esperó a que el sol se sumergiera bajo las trémulas aguas del Índico y cuando el último rayo se difuminó sobre las olas, encendió el cohete que anunciaba el inicio de la cabalgata. Entonces la vocinglería de tambores, trompetas y clarinetes inundó la isla. Las viviendas habían sido engalanadas con banderas y guirnaldas, y las calles con antorchas cuyas llamas rivalizaban con el vuelo de los pájaros. Cuando una carroza doblaba una esquina, los niños irrumpían con un griterío ensordecedor. De la impresión de

ver a los Reyes Magos los más pequeños amagaban un puchero. Entretanto las serpentinas volaban igual que luciérnagas de colores. Alfonso estaba entusiasmado. Iba de un lado a otro de la carroza agitando las manos, al tiempo que lanzaba caramelos y cientos de besos al aire. Por primera vez desde hacía mucho tiempo se sentía dichoso. Había llegado a Isla Esmeralda tres años atrás en busca de un futuro, pero bien por encontrarse en una tierra que no era la suya, bien porque sus rasgos eran muy distintos a los del resto de habitantes, vivía bajo la fría sensación de que la gente lo miraba con desconfianza. Alfonso procuraba por todos los medios eliminar cualquier barrera. No solamente era un trabajador ejemplar, sino que se preocupaba porque su conducta fuera intachable. Pero a pesar de que la mayoría de sus nuevos vecinos se mostraban atentos y cordiales, de una manera u otra siempre había algún detalle que le hacía recordar que él no era de ahí. Y ahora aquel griterío de los niños, el fulgor de sus ojos, de sus mejillas encendidas, todo ese amor que le llegaba a raudales le decía a las claras que por fin podía considerarse un ser querido y respetado.

Alfonso hubiera deseado que la cabalgata no tuviera fin, tal que al término de la misma aprovechó el tumulto y sin que nadie se percatara se marchó sin quitarse el traje de rey Baltasar. Aquella era la oportunidad que había estado esperando para declararse a Watinga, la chica más maravillosa que jamás había conocido. Tan maravillosa como inalcanzable. ¡Cómo se iba a fijar ella en alguien como él, tan diferente a los jóvenes de Isla Esmeralda! Diferencias que a simple vista levantaban alambradas insalvables. Al menos en esos momentos tenía algo que le igualaba a ellos, cierto que era por efecto del maquillaje, pero Alfonso estaba seguro de que Watinga sólo podía advertir sus virtudes si lo veía como uno de los suyos.

Tras el final de la cabalgata, las calles comenzaron a vaciarse. Los niños volvían de la mano de sus padres concienciados de que esa noche se debían acostar temprano si a la mañana siguiente querían ver sus sueños cumplidos. De súbito, se detenían paralizados al ver cómo el rey Baltasar caminaba tranquilamente por las calles. Los padres no salían de su asombro, como si no entendieran a qué venía todo eso. Alfonso, que avanzaba obcecado en busca de la casa de Watinga, comenzó a darse cuenta del estupor que su presencia causaba entre los viandantes. La gente le señalaba con el dedo al tiempo que sus facciones se contraían entre el miedo y la incertidumbre. Alfonso fue disminuyendo el paso hasta que escuchó cómo un niño comenzaba a gimotear. Entonces se

detuvo, miró a su alrededor y cuando divisó un callejón poco iluminado corrió a refugiarse en él. Una vez a salvo de la vista de todos apoyó la espalda en la pared y preso de la congoja dejó que su cuerpo se deslizara hasta que quedó en cuclillas. En esos momentos el mundo le golpeaba el alma. Soy un estúpido, se dijo. Creí que podría engañar a todos, el primero a mí, pero la realidad es bien distinto. La realidad es que no soy más que un infeliz disfrazado, un impostor que reniega de sí mismo: Alfonso, el bicho raro.

Desconsolado, regresó a su casa procurando no toparse con ningún otro vecino. Cuando veía a alguien acercándose corría a ocultarse bajo un soportal. Una vez en su domicilio se fue directamente hacia el dormitorio y sin siquiera desvestirse se dejó caer sobre la colcha.

La mañana del día de Reyes se desliza sigilosamente entre las retículas de las persianas, trepa por las patas de las camas y tras bordear cojines y almohadas inundan los corazones de quienes sueñan con una brizna de felicidad. El cielo, las nubes, el mar, todo aquello que es visible y ponderable, a su vez no lo es, porque en la mañana del día de Reyes la vida se confunde con lo mágico. Alfonso era ajeno a este prodigio. Permanecía en la cama, desganado tras un sueño cicatero. Al cabo de un rato se levantó y rezongando se dirigió al baño. Allí se miró en el espejo. El maquillaje se había corrido por culpa de las vueltas que había dado entre las sábanas. No hay maquillaje que oculte el verdadero color del alma, se dijo en un instante de resignación. Sumido en sus tribulaciones, de pronto escuchó cómo llamaban a la puerta de la calle. Se dirigió hacia allí con pasos perezosos. Al abrir la puerta se encontró con una silueta que le daba la espalda. La figura empezó a darse lentamente la vuelta hasta que se situó cara a cara. Era una joven. El rostro le resultaba familiar, pero algo no cuadraba, pues en toda Isla Esmeralda no había una sola chica de piel blanca. Para colmo, iba disfrazada de bailarina o sacerdotisa romana, vaya usted a saber.

— ¿No me reconoces? —la dulce voz de Watinga sonaba entrecortada por culpa de unos labios que temblaban—: Me ofrecí voluntaria como figurante en la cabalgata. De ahí este disfraz. Pensé que si me veías como una chica de tu tierra a lo mejor te fijabas en mí. Pero ni siquiera me dirigiste la palabra.

Alfonso no daba crédito. Durante la cabalgata había estado tan ensimismado en lo suyo que no se había fijado en los demás participantes. En estas se dio cuenta de que Watinga estaba llorando. Entre sollozos, la chica se disculpó:

—Perdóname si te he molestado. Venir a tu casa no ha sido la mejor de las ideas.

Watinga se dio la vuelta e hizo ademán de marcharse, pero Alfonso atinó a cogerla de una mano. Las lágrimas de Watinga surcaban el maquillaje descubriendo una piel del único tono que junto con el blanco no se encuentra en el arcoíris. Alfonso la atrajo hacia su cuerpo y los dos se fundieron en un abrazo. Cuando las mejillas se separaron, de la amalgama de maquillaje surgió un color que ni el más avezado de los pintores acertaría a definir, aunque ni a Alfonso ni a Watinga parecía preocuparles. Porque en ese maravilloso instante para ambos lo verdaderamente importante era que los Reyes Magos les habían traído el mejor de los regalos. Y eso que al principio de este relato sus Majestades se quejaban de que iban cumpliendo años. A la vista está que la eficacia no está reñida con la experiencia, antes al contrario, es sinónimo de constancia, buen hacer y entusiasmo. Sobre todo de ilusión y entusiasmo.

—Fin—



EL PRESENTE VOLUMEN
DE LA COLECCIÓN CUÉNTANOS
Cuéntanos tu Confianza

Promovido por el Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia, y editado por la Diputación de Almería con la colaboración del Instituto de Estudios Almerienses, ha contado como Jurado con:

Ángel Escobar Céspedes, Diputado Delegado del Área; **María José de los Ríos Porras** Directora del Área; **Raquel Puerta López**, Jefa de la Sección de Programas de SS.SS.CC., **Isabel Garzón Garzón**, Técnico de la Sección y responsable del proyecto; **Pilar Quirosa-Cheyrouze y Muñoz**, Escritora, miembro del Departamento de Arte y Literatura, y Jefa de Publicaciones Externas del IEA; **María de los Ángeles Lonardi Gette** Profesora y Escritora miembro del Departamento de Arte y Literatura del IEA, colabora en diferentes actividades relacionadas con la literatura; y, actuando como Secretaria del Jurado, **Irene Cuadrado González**, Técnico representante del Servicio Jurídico y Administrativo, del Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia.